

INVESTIGACIÓN 7541

G. MILK LOUIS

LOUIS G. MILK

INVESTIGACIÓN 7541

Ediciones Toray

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Portada: S. FABÁ

Depósito Legal: B. 20.296 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Hacía una mañana espléndida. La gente se sentía optimista.

Muchos caminaban a pie. Otros, en cambio, empleaban sus monociclos individuales, movidos por un pequeño motorcito eléctrico, de carga indefinida, que accionaba, además, el diminuto giróscopo que proporcionaba segura estabilidad al aparato.

Algunos, tal vez caprichosos, habían acoplado al artefacto un suplemento de antigravedad y se desplazaban por el aire. En general, la gente prefería usar las piernas a fin de hacer ejercicio.

Abundaban los árboles. El ambiente estaba perfumado por las primeras flores del año.

Aquel hechizo se rompió de pronto.

Un hombre gritó.

Cayó al suelo, agitándose furiosamente.

La gente se arremolinó en torno al caído.

— ¡Llamen a la Sanidad! —gritó uno.

— ¡Policía, policía! —clamaron varios.

El hombre caído se movía cada vez más débilmente. Su cuerpo tomaba, con gradual rapidez, una extraña coloración escarlata.

Se oyó el tañido de la campana de un vehículo policial. De súbito, una mujer lanzó un terrible chillido:

— ¡La fiebre! ¡La fiebre de Orymus!

Se produjo inmediatamente una frenética desbandada. Hubo carreras y atropellos en profusión. Dos enloquecidos fugitivos chocaron con el aeromóvil policial, que llegaba en aquel momento, y rodaron por el suelo, gravemente heridos.

Los ocupantes del vehículo saltaron a tierra. Uno de ellos vio al hombre de color rojo y se puso pálido.

— Llama a Sanidad urgentemente —indicó a su compañero—. Es un caso de fiebre de Orymus.

Kyno Quoux presenció el incidente desde un lugar relativamente seguro. No compartía las ideas de la mayoría sobre la fiebre de Orymus, pero tampoco quería obstaculizar la acción de los servicios oficiales.

Al cabo de unos momentos, puso en marcha su monociclo, pero desconectado del propulsor. Le gustaba pedalear, si bien reconocía la utilidad del giróscopo para evitar el esfuerzo de mantener un difícil equilibrio sobre una sola rueda.

* * *

El despacho era grande, de forma semicircular. Tenía una gran vidriera frente a la puerta de entrada.

Era una sola pieza de vidrio curvo, de cinco metros de altura por diez de longitud. En aquellos momentos, el ocupante del despacho había manejado el mando de polarización a fin de hacer traslúcido el vidrio. Entraba la luz, pero no se podía ver nada desde afuera. Ni, por supuesto, tampoco desde adentro.

El ocupante del despacho era un sujeto de unos cincuenta años, de mediana estatura, ancho de hombros y de mandíbula cuadrada. Vestía sencillamente: blusa gris y pantalones ajustados del mismo color. Tenía el pelo entrecano. Su rostro expresaba preocupación.

Li Sphad tenía motivos de sobra para sentirse preocupado. A través de sus párpados entornados, miró hacia la pizarra que había hecho instalar en el despacho, montada sobre un caballete, y en la que había escritas numerosos cifras.

Encima de la mesa tenía un gran calendario, de tipo anticuado, pero que le daba a la decoración un toque agradable.

La fecha que marcaba el calendario era:

ABRIL
28
7541

Un leve zumbido sonó de pronto. Sphad tocó una palanquita.

— Diga —habló lacónicamente

— Señor, está aquí el Subjefe Quoux —informó una voz femenina.

— Está bien, hágalo pasar.

— Sí señor.

La puerta del despacho se abrió momentos después. Un hombre joven de unos treinta y cinco años, fornido y algo más alto que Sphad, entró en el despacho.

— Señor —saludó el recién llegado.

— ¿Cómo está Quoux? Es un placer conocerle —dijo Sphad

— El placer es recíproco, señor —sonrió el visitante—. Y mucho mayor, el honor que supone su llamada.

— Es demasiado optimista, joven —contestó Sphad bruscamente —. Cuando haya terminado de hablar con usted, maldecirá de mí y no dirá que la entrevista ha sido un placer y que el honor de mi llamada es más bien dudoso.

Quoux volvió a sonreír.

— Su fama de brusquedad no es inmerecida, señor Superministro, pero también se sabe que es harto sincero. Y esto vale mucho, créame —contestó.

— No me dore la píldora, joven —refunfuñó Sphad—. En primer lugar, ¿sabe por qué le he llamado?

— No tengo la menor idea, señor.

— Lo más correcto sería decir para qué le he llamado. Pero todo se andará. En primer lugar… usted es Subjefe Prospector de la Zona Cuarta, Región Novena, Undécimo Gran Sector.

— En efecto, así es.

— He tenido buenos informes de usted, Quoux. En realidad, necesitaría, por lo menos, a un Jefe Prospector y no de Zona, sino de Región, pero cuando se llega a esos grados, la mente está ya anquilosada. Y yo necesito a un tipo espabilado. ¿Me comprende usted?

— No se puede decir que sus palabras sean enigmáticas, aunque sí algo exageradas en lo referente a mis méritos, señor.

— Si pensara de otro modo, no estaría usted aquí —gruñó Sphad —. Y basta ya de palabrería. Es hora que conozca los motivos de mi llamada.

— Sí, señor.

La mano de Sphad se tendió hacia la pizarra.

— Vea eso. ¿Qué hay ahí, Quoux?

— Números, muchos números, señor.

— Estadísticas, muchacho. ¿Sabe qué clase de estadísticas?

— Pues…

—Se lo explicaré. Usted sabe que, a finales del siglo XXI, es decir hace cinco mil cuatrocientos cincuenta años, la vida se extinguió por completo en la Tierra. Motivos: contaminación. Contaminación de la atmósfera y de las aguas. Aquellos estúpidos se destruyeron a sí mismo y, créame, les estuvo bien merecido.

Quoux sonrió levemente.

— No creo que ahora pase lo mismo, señor —dijo.

— No, pero si no nos espabilamos, sucederá otra catástrofe, aunque no para dentro de unos años, por supuesto. Pero hay que empezar a trabajar ahora mismo.

Quoux enarcó las cejas.

— ¿Una catástrofe? —repitió—. No he oído nada al respecto —confesó.

— Bueno, las cosas no están aún demasiado divulgadas.

Sphad se detuvo un momento. Luego volvió a señalar la pizarra.

— Vea, Quoux —siguió—. Usted recordará que, pasados unos cinco mil doscientos años, ochocientas parejas volvieron a la Tierra, en donde la atmósfera y las aguas se habían regenerado nuevamente por procesos naturales. Resultó una circunstancia afortunada que ya se hubiera iniciado la colonización de Marte y los habitantes de aquel planeta sí sobrevivieron y se multiplicaron. Pero había muchos que querían volver a la Tierra y se creyó conveniente complacerlos.

— Eso ocurrió en el año siete mil doscientos diez —dijo Quoux.

—Exactamente, hace tres siglos y un tercio. Recién rebasado el primer siglo, los mil seiscientos neo—colonizadores del planeta, como se les llamó, se habían convertido en unos sesenta y cinco mil, en dos millones ciento diez años más tarde y, ahora, trescientos treinta años después, la población es de unos sesenta millones, en cifras redondas. Bajo índice de mortalidad, elevado coeficiente sanitario y una vida morigerada, en general, han sido los factores más destacados que han contribuido a la repoblación del planeta. Pero ahora nos encontramos con un gravísimo problema.

Quoux fijó la vista en el cuadrado rostro del Superministro…

— Sí —murmuró.

— Vea esas estadísticas. Se refieren a la natalidad. Quoux leyó

parte de las cifras escritas en la pizarra:

7530: 2,6 %
7.531: 2,5%
7.532: 2,45 %
7.533: 2,44 %
7.534: 2,44 %
7.535: 2,3 %
7.536: 2,3%
7.537: 2,2 %
7.538: 2,00%
7.539: 1,8 %

— Faltan aún las estadísticas del presente año, pero los departamentos correspondientes aseguran que el índice de nacimientos será del orden de uno coma seis por ciento, o quizá menos —dijo Sphad.

— Eso significa dieciséis nacimientos por mil personas.

— Sí, justamente. En diez años tan sólo hemos pasado de veintiséis nacimientos por mil personas a sólo dieciocho por el mismo número de personas. Si esto sigue así, dentro de veinte años, ya no habrá nacimientos de seres humanos —declaró Sphad dramáticamente.

* * *

Quoux se quedó atónito.

— Confieso que mi fuerte no son las estadísticas, pero si eso es cierto, la Humanidad corre el peligro de una nueva extinción —dijo.

— Justamente —corroboró el Superministro.

— ¿Se conocen las causas de ese descenso en los índices de natalidad?

— Sí. Es debido a la fiebre de Orymus. Ya está comprobado y no hay dudas al respecto.

— Pero esa enfermedad no es necesariamente mortal. El porcentaje de personas atacadas que se salvan es muy alto. Apenas si perece un doce por ciento de los enfermos, según tengo entendido —alegó Quoux.

— Eso es cierto —convino Sphad—. Y, ¿cuánto tiempo hace que se conoce la enfermedad?

— Oh, cincuenta, sesenta años tal vez, no puedo asegurarlo.

— Sí, más o menos medio siglo. Pero los casos han ido en aumento gradualmente y sobre esa enfermedad se saben dos cosas con absoluta certeza. Una de ellas es conocida públicamente: el que la contrae o se cura, cosa que sucede en la mayoría de los casos, o muere.

— ¿Cuál es el otro dato desconocido? —preguntó Quoux.

— El causante de ese descenso en las estadísticas de natalidad. Los atacados por la fiebre de Orymus quedan esterilizados, incapaces de procrear, ya sean varones o hembras. Aparentemente, nada cambia en ellos y pueden contraer matrimonio perfectamente, ya que el que ha padecido esa fiebre queda inmunizado para siempre. Pero también es un ser estéril, aunque externamente sus condiciones físicas no hayan variado en absoluto. Supongo que usted me entiende lo le quiero decir, Quoux.

— Sí, señor. Una persona atacada por la enfermedad, pero salvada, puede casarse y hacer vida de matrimonio enteramente normal, pero no tendrá hijos, sea hombre o mujer.

— Exacto —confirmó Sphad.

— Bien, pero, de todas formas, no acabo de entender los motivos de mi llamada. ¿Qué tengo que ver yo con algo que, me parece, compete al Subministro de Sanidad?

Sphad sonrió.

— Llegaremos a ello en el momento adecuado, muchacho —replicó—. Usted debe saber que esa maligna enfermedad procede de Orymus, planeta con el cual tenemos establecidas relaciones normales.

— Sí, señor.

— Allí padecen también la enfermedad y, como nosotros, no pueden curarla de ninguna manera. Por lo visto, se trata de un virus que ha ido evolucionando con el transcurso de los tiempos y se ha hecho absolutamente resistente a todo tratamiento.

— En resumen, que no hay remedio para esa fiebre.

— Para la fiebre, no, por ahora. Algún día lo habrá, por supuesto, como lo hubo para el cáncer. Pero curar hoy a un atacado por la fiebre de Orymus es una utopía. Y, como es lógico, tampoco

podemos impedir sus secuelas. Salvo de un modo.

— ¿Cuál es, señor?

Sphad miró fijamente a su visitante.

— Voy a advertirle una cosa —dijo—. El Servicio de Información de Orymus ha llegado a enterarse del secreto. Es probable que tenga dificultades, ¿me comprende?

— Desde luego, señor.

— Usted tiene que buscar el remedio para la fiebre de Orymus. No es un remedio a corto plazo, pero, según Sanidad, es el único.

— Bien, de acuerdo, pero, ¿cuál es el remedio?

— Un cruce, Quoux. Es decir, un enlace entre un hombre y una mujer… uno de los cuales, ineludiblemente, tuvo que nacer antes de que se conociera la fiebre de Orymus.

CAPÍTULO II

Sphad sonrió al ver la mirada de extrañeza que aparecía en la cara de su visitante.

— Me toma por loco, ¿verdad? Bueno, yo lo estaré si lo están los de Sanidad que son quienes, a fin de cuentas, han emitido ese veredicto.

—Pero… ¡eso es increíble! ¿Cómo se puede hablar de un matrimonio entre dos personas, una de las cuales, por lo menos, ha de haber nacido antes de que se descubriese la fiebre de Orymus?

—Hablando con más exactitud, antes de que el virus evolucionase hasta adquirir su malignidad actual. Sanidad calcula que, como mínimo, ello se inició hace unos cuatro mil años. Ahora, naturalmente, el virus es mucho más maligno.

— Pero ¿dónde está esa persona que nació hace por lo menos cuatro mil años?

Sphad sonrió. Tenía sobre la mesa un sobre con documentos y extrajo de él unos papeles y unas fotografías.

—Vea— indicó—. Aquí se habla de un lugar de hibernación, que se construyó a mediados del siglo XXI, es decir cuando algunos preveían ya el fin de la vida en el planeta. Los documentos prueban, sin lugar a dudas, que en alguna parte se construyó una caverna, donde algunas personas fueron conservadas por hibernación. Los procedimientos de la época permitirían que esos seres humanos siguiesen viviendo en suspensión animada durante un tiempo indefinido… pero han pasado ya cinco mil quinientos años de entonces.

— Entonces no está muy seguro de que esas personas sigan aún con vida —dijo Quoux.

Sphad hizo un gesto ambiguo.

— Según la documentación hallada, es posible, incluso, que

vivan el doble de tiempo —respondió—. Pero…

La interrogación quedó flotando en el aire.

— Están los imponderables —dijo Quoux.

— Sí, un circuito prematuramente desgastado, un fusible que saltó por una imprevista y momentánea sobrecarga de tensión… El conjunto de la maquinaria es de tal complejidad que el fallo de la menor de sus piezas ha podido causar la destrucción de todo el sistema de hibernación.

— Lo que, naturalmente, habría originado la muerte de todos los hibernados.

— En efecto. Pero que sigan vivos es una probabilidad digna de tenerse en cuenta y, naturalmente, no vamos a desdeñarla.

— Un momento, señor —dijo Quoux—. Sanidad asegura que esas personas hibernadas no tienen la fiebre de Orymus, cosa enteramente lógica. Supongamos que las encuentro y que las reanimo. ¿No serán atacadas, a su vez, por esa enfermedad?

— El virus es enteramente nuevo y se desarrolló hace unos cuatro mil años —contestó Sphad—. Una de las causas que provocaron su desarrollo es, principalmente, una mutación genética, mutación que ahora se pretende contrarrestar con ese matrimonio.

— Por ahora, todavía muy hipotético.

— Sí, pero hay que intentarlo, cueste lo que cueste. No podemos permitir un segundo fin de la Humanidad por extinción natural de las personas, a causa de esterilidad.

— Haré lo que pueda, señor —prometió Quoux.

— Pero, le advierto, tendrá que tropezar con dos inconvenientes, muy serios ambos. Uno de ellos lo hallará en este mismo sobre; el otro… es Orymus.

— Ellos también quieren acabar con la fiebre por el mismo procedimiento.

— Sí, muchacho.

— Bueno, ¿y por qué no unimos nuestros esfuerzos…?

—Esa caverna de hibernación está en la Tierra — declaró Sphad tajantemente—. Es nuestra y los hibernados que hay allí nos pertenecen.

Era una respuesta que lo hacía todo.

—Orymus no tiene derecho a esos hibernados — dijo Quoux.

— Exactamente.

Una actitud un tanto egoísta, pensó Quoux.

Pero era un hombre disciplinado y no podía discutir las órdenes recibidas. Podía negarse y su conciencia quedaría tranquila, pero, si aceptaba, debía llegar hasta el fin.

— Ah, otra cosa —exclamó Sphad—. Me olvidaba y… créame, no es de poca importancia. Su principal enemigo será Broo Echton.

— ¿Quién es Echton, señor? —preguntó Quoux.

— La misión que le han confiado es de vital importancia para Orymus; por eso no quiso delegar en ninguno de sus subordinados. Es un hombre inteligente, astuto, con infinidad de recursos… y que no conoce la piedad. El gobierno de Orymus ha creído que nadie mejor que su propio jefe del Servicio de Información para conseguir llegar hasta la caverna de los hibernados.

— Entiendo.

—En la documentación tiene fotografías y un pequeño historial de Echton, cosas ambas que le servirán de mucho para estar prevenido en todo momento. Si él cree que el mejor medio de cumplir su misión es liquidarlo a usted, lo hará sin el menor remordimiento de conciencia.

Dicho lo cual, Sphad introdujo el sobre con los documentos y fotografías en una cartera de símil piel y se la entregó a Quoux, a la vez que pronunciaba una palabra que podía calificarse de ritual en tales circunstancias:

— ¡Suerte!

* * *

Kyno Quoux tenía la cabeza convertida en una vorágine de ideas, cada una de ellas completamente en contradicción con las demás.

¿No era un disparate el plan propuesto por el Subministerio de Sanidad?

¿Era la única solución, a largo plazo, pero solución al fin y al cabo, para el gravísimo problema que representaba la fiebre de Orymus?

Pensaba mientras pedaleaba. El giróscopo estabilizador de su monociclo estaba parado.

Necesitaba reflexionar. Debía enfrentarse a dos inconvenientes.

Uno de ellos era el astuto y despiadado Broo Echton.

El otro se hallaba en los documentos guardados en la cartera Sphad no había sido explícito al respecto.

Pero ¿cómo podía vivir una persona que había sido hibernada cinco mil quinientos años antes?

Quoux se aterró.

— Cincuenta y cinco siglos —murmuró.

Delante de él, una encantadora muchacha de esbelta figura y pelo oscuro trataba de subir a un monociclo. Lo consiguió, dio dos pedaladas y se vino pesadamente a tierra.

Sonó un gritito femenino. Quoux sonrió.

Dejó de pedalear y desconectó el giróscopo estabilizador. Dos patas surgieron al momento del sillín y el vehículo se mantuvo parado y en equilibrio.

Acudió a socorrer a la muchacha. Ella le dirigió una hechicera sonrisa.

— Perdone, pero no sé manejar muy bien este maldito cacharro…

— No se preocupe —contestó Quoux—. Lo más probable es que se haya olvidado de conectar el giroestabilizador. Algunos no lo hacen, pero son unos virtuosos del monociclo.

Tendió una mano a la chica y la ayudó a ponerse en pie. Era más alta de lo que había creído y, siendo fuerte robusta, su misma estatura la confería una esbeltez de singular atractivo.

Su pelo era muy largo y brillante. El color de sus pupilas tiraba a verdoso.

Delante del sillín había una especie de manillar, con los mandos del aparato. Quoux se los señaló amablemente.

—Ahora lo entiendo — dijo ella, después de una sucinta, pero provechosa explicación—. Es usted muy gentil, señor…

— Quoux, Kyno Quoux, señorita.

— Mi nombre es May Derr. Encantada de conocerle, señor Quoux.

— Ha sido un placer, señorita May.

May se dispuso a continuar su interrumpida marcha. De pronto, se volvió hacia el joven.

— Dispense, señor Quoux.

— Estoy a su disposición, May.

— Antes se me olvidó… ¿Podría indicarme la dirección de un buen médico? —May vaciló un instante y luego añadió—: Medicina interna, señor Quoux.

—Bueno, puede ir al doctor Thannet, Dull Thannet. Dele mi nombre y la atenderá muy gustoso, May. Reside en la Undécima Alineación, Séptimo, Duodécimo, puerta E.

May puso cara de extrañeza.

— ¿Cómo?

— Séptimo Bloque, Duodécima planta.

— Ah, ya. Muchas gracias, señor Quoux.

May bisbiseó, repitiendo las señas del doctor Thannet, para memorizarlas mejor, y luego cabalgó sobre el monociclo.

— Bueno, voy a ver si consigo hacer funcionar como es debido este condenado artilugio —dijo sonriendo—. Adiós, señor Quoux.

— Adiós, May.

Quoux contempló a la muchacha sonriendo, mientras movía ligeramente la cabeza.

— Encantadora, realmente encantadora —calificó para sí.

Y luego montó a su vez en el monociclo y continuó su camino.

Veinte minutos más tarde, dejaba el vehículo en el lugar adecuado del edificio donde residía. Una escalera en espiral, automática, le llevó a la vigesimotercera planta. Salió al rellano y caminó siete u ocho pasos, deteniéndose luego ante la puerta señalada con la letra N.

Abrió. Cruzó el umbral. El techo cayó encima de su cabeza.

* * *

Al menos, eso creyó Quoux.

Sí, le pareció que algo muy gordo le caía encima. Un intensísimo dolor recorrió su columna vertebral de principio a fin.

Empezó a desplomarse hacia adelante.

Sin embargo, no había perdido del todo el conocimiento. Captó voces.

— La cartera, tú —dijo alguien.

Quoux la apretó contra su pecho. Manos ansiosas intentaron arrebatársela.

— No puedo —gruñó otro.

Quoux se resistía tenazmente.

— Es muy fuerte —dijo el que intentaba quitarle la cartera.

— Esto lo soluciono yo ahora mismo —masculló el otro.

Dio un paso atrás, sacó una pistola antimolecular y apuntó al caído.

Era un arma de efectos mortales. La descarga provocaría la disgregación instantánea de las moléculas del cuerpo.

Quoux quedaría reducido a un informe montón de pasta sanguinolenta. Durante una décima de segundo sentiría intolerables dolores… pero el disparo no se produjo.

Una mano de dedos de hierro arrebató el arma al atacante. Otra lo agarró por el cuello y, sin apenas esfuerzo, lo lanzó a siete u ocho metros de distancia.

El individuo rodó por el pavimento de plastinóleo. Aterrado, vio al hombre que le había desarmado y echó a correr.

El otro no sintió menos pavor al ver aquella especie de gigante de fábula. Se escabulló por debajo, pero no actuó tan rápido que un pie de casi medio metro de largo no le alcanzase en las posaderas.

Se oyó un gruñido. El frustrado ladrón resbaló por el brillante suelo una docena de metros antes de detenerse justo frente al acceso de la escalera mecánica.

Por supuesto, aprovechó la circunstancia para escapar.

CAPÍTULO III

Unos brazos, con la fuerza de la pala de una excavadora, alzaron en vilo al semiinconsciente Quoux y lo llevaron a un diván.

El gigante dijo:

—No se mueva, jefe. Voy a traerle algo que lo reconforte.

—Gracias, Harel— contestó Quoux con voz muy débil.

El golpe había sido duro, pero aún podía pensar.

— Echton ha pasado ya a la acción —murmuró.

— ¿Echton? —repitió el hércules—. ¿Quién es ese tipo?

—No lo conoces todavía, Harel…

Quoux tomó el vaso de vino que le ofrecía el otro. Bebió un par de sorbos y empezó a sentirse mejor.

— Tráeme una toalla mojada, por favor.

— Sí, jefe.

Las pupilas de Quoux se centraron.

Ahora podía ver al gigante, de espaldas, mientras caminaba hacia él baño. Harel Hamiz era su ayudante principal, un tipo de doscientos veinte centímetros de estatura, ciento treinta kilos de peso y la fuerza de una apisonadora. Era algo torpe, pero mucho menos de lo que hacía suponer su impresionante corpulencia.

Quoux se puso la toalla mojada en la nuca. Entre el frío del paño y el refuerzo del vino, a los pocos minutos se sentía perfectamente.

— Oiga, jefe, no hay muchos ladrones en la 'ciudad… pero hacía años que no se daba un caso como el suyo —dijo Hamiz—. Usted no tiene nada de interés para unos vulgares ladrones…

—Te equivocas, Harel. Es la cartera lo que querían— contestó Quoux.

— ¿Hay algo de importancia dentro de ella?

— Ya lo creo. Tan importante como para haber motivado el desplazamiento a la tierra de un personaje de tanto relieve como

Broo Echton, jefe del Servicio de Información de Orymus.

Hamiz silbó.

— He oído hablar de él. Las serpientes de la Era Precatastrófica eran unos bichos inofensivos comparados con ese tipo.

— Sí, Harel, así es —confirmó Quoux.

— Pero, bueno, ¿qué es lo que hay en la cartera, jefe? Verá, no es que yo quiera hacerle de menos, pero usted es sólo un Subjefe de Zona y…

— Alguien piensa que yo valgo para empresas de importancia, Hamiz —sonrió el joven—. Bien, ¿quieres enterarte de lo que hay en la cartera?

— Me muero de curiosidad, jefe.

Quoux se puso en pie y caminó hasta una mesa. Abrió la cartera y sacó el sobre.

El primer documento era una fotografía, sujeta a una hoja de papel. La fotografía mostraba el rostro de un hombre delgado, de pómulos salientes y cejas picudas, con ojos que parecían brillar con vida propia incluso en efigie.

— ¡Hum! Esa cara da miedo —comentó Hamiz.

Quoux leyó el informe sobre Echton.

— Cuarenta y dos años terrestres, soltero, doctor en Física y Arqueología galáctica, habla veintidós lenguas… índice de potencia muscular: 0,91…

—¿Qué?— gritó Hamiz—. Es imposible que ese tipo posea semejante índice de potencia muscular, jefe. El mío es sólo de cero coma noventa y tres y él no parece, ni de lejos, tan fuerte como yo y tampoco como usted.

Quoux entornó los ojos.

— Mi I.P.M. es de cero coma ochenta y dos —dijo—. Tiene que ser un hombre muy fuerte…

— Por medios extracorpóreos, jefe —afirmó Hamiz.

— Es posible, Harel.

Quoux se sentía preocupado. El I.P.M. tomaba como base la antigua y clásica unidad de fuerza, el caballo de vapor. No abundaban los hombres con un I.P.M. tan elevado como el suyo; lo corriente era un índice entre 0,53 y 0,70. Hombre con I.P.M. de 0,75 eran considerados muy fuertes… pero Echton tenía un índice de potencia muscular de 0,91.

— Será preciso tenerlo en cuenta —murmuró.

Y siguió leyendo más cualidades de su adversario:

— Gran afición a las bellas artes… Capaz de transformar su apariencia por medios psicofísicos…

Hamiz lanzó un gemido.

— Lo que nos faltaba, jefe —se lamentó—. Ese hombre puede tomar la apariencia que desee en menos de un segundo.

— Bueno, pasemos ahora al asunto información de los hibernados —dijo Quoux.

* * *

Había abundante información y numerosas fotografías. Pero allí fue donde Quoux encontró el escollo que Sphad le había anunciado.

El documento estaba parcialmente destruido por el tiempo. Había palabras y aun frases incompletas.

— Es la descripción del lugar donde se encuentra la caverna de hibernación —dijo Quoux.

— Pues a mí me parece que no vamos a sacar demasiado en limpio —gruñó Hamiz.

El punto más interesante apenas era legible:

…verna situad… Mont… ra… S… ío… lo…

— Eso no dice nada, jefe —murmuró Hamiz.

— Ya lo estudiaremos en otro momento —contestó Quoux—. Pasemos ahora a los hibernados.

— Había cien, según los documentos, de todas las edades y de ambos sexos.

— Sí, pero no especifica los motivos por los cuales fueron hibernados. Veamos sus fotografías, a ver si podemos sacar algo en limpio de unas personas que nacieron hace siete mil quinientos años.

Quoux empezó a pasar fotografías.

— ¿Cómo es que hay diferencias en la conservación de los documentos? —se extrañó Hamiz.

— Estaban en varias cápsulas protectoras, en cuyo interior se había hecho el vacío. La envoltura falló en algunas y los agentes externos hicieron su labor.

— Ah, ya entiendo.

De pronto, Quoux lanzó una exclamación:

— ¡Caramba! A esta chica la conozco yo.

— ¿De veras, jefe? —Hamiz sonrió—. ¿Tan viejo es usted?

Quoux no contestó a la broma. Alargó la mano y separó la fotografía de sus ojos toda la longitud de su brazo.

— Se llama Muriel David —leyó Hamiz—. Veinticuatro años, soltera, lingüista, enferma de…

Quoux se puso rígido de pronto.

Acababa de recordar algo.

— Harel, hoy me he tropezado con una chica que era exactamente igual a Muriel David —dijo.

— ¡Qué suerte tienen algunos! —comentó con sorna el gigante.

— Empleó un lenguaje algo raro. ¿A quién has oído tú decir, refiriéndose a un monociclo, «maldito cacharro» o «condenado artilugio»?

— A nadie, en efecto; es un lenguaje en desuso.

— Y no sabía ni poner el monociclo en marcha.

— Era una analfabeta monociclística —dijo Hamiz con ironía.

— Harel, ¿cuántas personas hay en esta época que no sepan manejar un monociclo?

— Si considera como personas a los recién nacidos…

— Y ella me preguntó por un médico especialista en medicina interna.

— ¿Estaba enferma?

— Tenía el aspecto de hallarse tan sana como una pera. Pero si dijo especialista en medicina interna, fue por emplear un eufemismo en lugar de decir especialidad concreta de mi amigo el doctor Thannet.

Hamiz dejó de sonreír.

— Oiga, jefe, no irá a decirme que…

— Muriel David, May Derr —murmuró Quoux pensativamente.

— Dos nombres con iniciales idénticas.

— Y todavía hay más, Harel. Ella no dejó de llamarme señor en todo momento. Por nuestras edades, ése es un tratamiento suprimido una vez efectuadas las presentaciones, pero ella lo empleó continuamente.

Quoux miró a su subordinado.

— ¿Te das cuenta, Harel?

Hamiz ya no sonreía.

— Primero, no sabía manejar el monociclo —continuó Quoux—. Segundo, empleaba un lenguaje anticuado. Tercero, me llamó «señor» todo el tiempo. Cuarto, preguntó por un doctor de la especialidad de Thannet. Y quinto, su cara es la misma que la de la chica de la fotografía.

— Jefe, jefe, no me diga que ella…

—Sí— confirmó Quoux—. *Mary Derr es Muriel David.*

* * *

Hamiz se levantó, se separó de la mesa, llenó dos copas de vino y volvió con ellas en las manos.

— Necesitamos un trago, jefe.

— Tienes razón, Harel.

Bebieron. Quoux no se recobraba aún de la enorme sorpresa recibida.

— Jefe, ¿cómo es posible que una chica que nació hace setenta y cinco siglos ande tan campante por ahí? —se extrañó Hamiz.

— Mira, Harel, si no se diesen todas esas circunstancias, yo diría que es una simple coincidencia de parecido. Todo lo extraordinario que se quiera, pero parecido al fin y al cabo. Pero ya no cabe ninguna duda: May Derr es Muriel David.

— Sí, pero, en tal caso, ¿dónde vive?

— ¡Aguarda un momento!

Quoux se precipitó hacia el videófono y dio el con tacto.

— Comunicación con el doctor Thannet, Dull —pidió.

El cerebro electrónico hizo el resto. A los pocos segundos, apareció en la pantalla el rostro del galeno.

— ¿Qué tal, Kyno? ¿Puedo servirte en algo? —saludó.

Thannet era un hombre joven, de aspecto despierto e inteligente y reputado en su especialidad.

—Ya lo creo, Dull— contestó Quoux—. Escucha, ya sé que lo que te voy a pedir roza los límites del secreto profesional, pero, si te parece incorrecto, solicitaré un mandamiento del Tribuno de Justicia.

—Me asustas, Kyno— bromeó Thannet—. ¿Tan grave es?

— En primer lugar, dime: ¿te ha visitado una joven llamada May

Derr?

— Sí, se fue hace unos minutos. ¿Qué interés tienes en ella?

— Por ahora no te lo puedo decir, Dull. ¿Qué clase de consulta te ha hecho?

— Cáncer, Kyno.

— ¡Cáncer! —resopló Quoux.

— Ya ves —sonrió el médico—. Una enfermedad tan rara y tan inofensiva como un constipado. Le di un tubo de tabletas y dentro de diez días estará completamente curada. La dosis mínima es una tableta diaria, claro.

— De modo que cáncer, ¿eh?

— Sí, pero, ¿por qué te extraña tanto?

— ¿Es que a ti no te extraña? Tú eres especialista en la materia, Dull.

Thannet bostezó.

— Sí, pero desde que se descubrió la «orricina», y de ello hace ya un montón de años, el cáncer se cura como quien lava. Ya sabes, fue el doctor Orriz…

—Eh, un momento. ¿De dónde has sacado esa frase» se cura como quien lava», Dull?

Thannet se echó a reír.

— Pues verás, lo dijo esa chica y me hizo gracia. Por eso la he repetido, Kyno —contestó.

—Muy bien, Dull. Quizá algún día pueda decirte los motivos de mi llamada; por ahora sólo puedo informarte que se debe a una misión de servicio.

— Ya me lo suponía, Kyno; por eso te ahorré la petición al Tribuno. ¿Algo más?

— Sí, el domicilio de la chica. Tú anotas todos los datos de tus pacientes y en ellos figura el domicilio, para caso de ulteriores visitas por el tratamiento médico.

— Justamente. Espera un momento… —Thannet consultó su fichero y a poco dijo—: May Derr reside en la Trigesimosexta Perspectiva, Cuarto, Octava, letra X.

— Gracias, Dull.

CAPÍTULO IV

Quoux cortó la comunicación. Luego se volvió hacia su ayudante.

— Sí, jefe —respondió Hamiz, impasible.

— Echton está en la Tierra, concretamente aquí, en la capital. Los viajeros procedentes de Orymus no son tan numerosos que no se puedan localizar con un poco de paciencia, aunque, como Echton, disponga de un transformador psicofísico.

— Entiendo, jefe, lo buscaré.

— Me bastará conque averigües dónde se aloja. Llévate un microteléfono portátil, con emisor de ondas de localización para caso de apuro. Llámame a cualquier hora del día o de la noche, apenas sepas dónde está Echton.

Hamiz juntó el índice y el pulgar en círculo y sonrió de oreja o reja:

— O.K., jefe —contestó.

Hamiz se marchó. Quoux notó algo extraño en su despedida, pero tenía la mente muy ocupada y no le prestó mayor atención.

Una vez se hubo quedado solo, dio el contacto al videófono y dijo:

— Por favor, comunicación urgente con el Superministro. Soy Kyno Quoux.

Alguien contestó:

— Lo siento, no le podemos conceder esa comunicación. El Superministro está descansando.

Quoux no se inmutó.

— Despiértelo. Háblele de la «Bella Durmiente» —dijo.

El otro le miró atónito.

— La «Bella»…

— ¡Sí! —tronó Quoux—. Despiértelo o se encontrará engrosando

las filas de los remachadores antes de que sepa lo que le ha ocurrido.

El secretario se asustó. El trabajo de remachador era durísimo, a pesar de que un operario de tal especialidad cobraba casi tanto como un Subministro.

Un minuto más tarde, la cara de Sphad aparecía en la pantalla.

— Debe ser muy urgente el asunto cuando me saca de la cama, Kyno —dijo, pero no había enojo en su voz.

— Lo lamento, señor, pero me pareció conveniente tenerle informado de lo que sucede.

— Bien, bien, al grano. Hable, Kyno.

— En primer lugar, Echton ha entrado ya en acción…

Quoux hizo un sucinto informe del ataque sufrido.

— No me extraña —dijo el Superministro, cuando Quoux hubo terminado—. Olvidé añadir que, entre sus cualidades, figura la de la rapidez. ¿Qué más, muchacho?

— Señor… —Quoux inspiró profundamente—. ¿Cree que es posible que los mecanismos de hibernación hayan actuado automáticamente, despertando a las personas sometidas a animación suspendidas y permitiéndoles abandonar el lugar donde permanecieron durmiendo siete mil quinientos años?

Sphad parpadeó.

— ¿Cómo dice, Kyno?

Quoux volvió a hablar durante unos minutos. Sphad le escuchaba con toda atención.

— Todo lo que me ha contado usted, ¿es cierto? preguntó cuando él hubo terminado.

— Rigurosamente cierto, señor.

— ¡Pero es imposible! Esa chica no puede ser una de las que fueron inhibernadas hace setenta y cinco siglos.

— Puede que no sea ella, pero, en tal caso, ¿por qué dar un domicilio falso?

— ¿Qué? —exclamó Sphad.

— En la ficha del doctor Thannet, correspondiente a May Derr, figura como domicilio la Trigesimosexta Perspectiva. Hay muchas avenidas, alineaciones, plazas, calles, grandes calles… pero sólo treinta y cuatro perspectivas, señor.

* * *

Los ojos de Quoux se fijaban alternativamente en el mapa y en la fotografía del documento medio destrozado, donde había estado indicada la posición de la caverna de los hibernados.

…verna situad… Mont… ra… S… ío… lo

— La caverna está situada en la Montaña… —leyó y, a media voz, siguió—: ¿Negra? ¿Grande?

— En el mapa no aparecía ningún accidente orográfico con tal nombre.

La «S» significaba sur… pero, ¿Sudeste? ¿Sudoeste? ¿Sudsudoeste?

¡Había tantos rumbos!, se dijo desalentadamente.

Las dos letras «ío» significaban río, ello quedaba fuera de toda duda, pero, ¿qué río? ¿Colorado? ¿Loira?

El videófono sonó de pronto, interrumpiendo sus especulaciones.

Alargó la mano y tocó la tecla de contacto.

— Quoux —dijo.

—Hola, jefe—. Era Hamiz—. Por ahora, siento decírselo, no he encontrado el menor rastro de ese sujeto.

— Es un tipo muy astuto —sonrió Quoux…

— Desde luego. En cambio, creo que tengo otra pista.

— Sí

— Bueno, la verdad es que mi informador me ha rogado discreción. No quiere que le compliquemos la vida, ¿me entiende?

— Sí, por supuesto. ¿De qué se trata, Harel?

— ¿Conoce usted «La Copa de Plata»?

— Harel, eso me suena a taberna —dijo Quoux severamente.

— «Es» una taberna. Por eso le dije antes lo de discreción y que mi informad…

— Está bien, está bien, Harel, no te disculpes más. Ya sabemos lo que pasa; hay tabernas clandestinas. ¿Qué pasa en «La Copa de Plata»?

— Le enseñé a mi amigo una copia de la fotografía que usted me dio de May Derr. Ella baila allí.

Quoux silbó.

— Curioso —comentó.

—Imagínese, jefe— sonrió Hamiz.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Quoux preguntó:

— ¿Dónde está esa taberna, Harel?

— Novena Perspectiva, decimocuarto, setenta, planta baja.

— ¿Qué hora es la mejor, Harel?

— Las diez y media de la noche. Yo le acompañaré…

— Gracias; prefiero ir solo.

— Escuche, es que…

— Basta, Harel —cortó el joven imperativamente.

— Pero, jefe, es que todavía no he terminado.

— ¿Qué falta, Harel?

— «La Copa de Plata» es un lugar clandestino.

— Sí, ya me lo figuro.

— Y no todos entran allí.

— ¡Ah! —murmuró Quoux.

—Tiene que ser «socio», para poder entrar.

— ¿Y cómo se hace uno socio de esa entidad benéfico-recreativa? —preguntó Quoux con sarcasmo.

— Usted lo ha dicho bien: benéfica para el dueño y recreativa para los clientes. Llame a la puerta y enseñe diez monedas de veinte sueldos. Eso le da derecho a ser socio… pero no a consumir gratis.

— Entiendo. ¿Nada más, Harel?

— Si acaso, pregunte por Boris Afree. Es el secretario del dueño y el que lleva todo el asunto. Dígale que va de parte de Shammie.

— ¿Quién es Shammie?

— Mi informador, jefe. Pero no me pida más detalles. Cite ese nombre si encuentra dificultades.

— Está bien, Harel.

— Y tenga mucho cuidado. Su cargo no le servirá allí de nada y puede encontrarse con sorpresas si arma jaleo.

— Lo tendré en cuenta. ¿Eso es todo, Harel?

— Sí, salvo que, por ahora, no sé nada de Echton. Suerte, jefe —se despidió el ayudante.

— Gracias, Harel.

* * *

¿Era que cincuenta y cinco siglos no habían servido para nada a

los hombres?

De nuevo se volvía a costumbres y vicios de la Era Precatastrófica: Vino y mujeres. Tal vez, también, juego.

Consecuencia de un abuso desmedido del dinero, era lógico, pensó Quoux.

Todos los terrestres tenían cubiertas gratuitamente y con amplitud sus necesidades básicas, pero había cosas, sujetas al temperamento individual, que era preciso adquirir con dinero. Determinada clase de locales estaban prohibidos, pero era la primera vez que Quoux se enteraba del funcionamiento de una taberna.

— Pues como esa chica se haya despertado ahora, no cabe duda de que es muy despabilada —murmuró para sí—. Yo tengo treinta y dos años y no me había enterado, siendo policía, de la existencia de una sola taberna. En cambio, ella, a los cuatro días de haberse despertado de un sueño de cinco mil quinientos años, ya se ha puesto a trabajar como bailarina en uno de esos sitios.

Era como para sentirse avergonzado.

— Me parece que nos han enseñado cosas demasiado elevadas y que apenas tienen relación con nuestro verdadero oficio —gruñó, mientras pedaleaba enérgicamente en dirección a «La Copa de Plata».

Los tiempos cambiaban, indiscutiblemente. Era preciso saberlo ver y en las alturas no andaban demasiado listos para ello.

— Así me servirá de experiencia —se dijo, mientras refrenaba su marcha para detenerse en las inmediaciones del lugar señalado por su ayudante.

Los monociclos podían dejarse en cualquier parte, sin temor a que fueran robados. Quoux dejó el suyo, por precaución, a unos cincuenta pasos de la taberna.

Luego caminó a pie. De pronto, vio algo que le hizo parpadear de asombro.

Era el más extraño vehículo que viera jamás: un banco, con dos ruedas y respaldo, tirado por un monociclo. El cochecillo estaba ocupado por dos personas y el monociclo iba dirigido por un individuo, atento a los mandos.

Quoux abrió la boca. Los ocupantes del vehículo, un hombre, bastante gordo y medio calvo, y una mujer joven y de abundantes

curvas, reían alborozadamente, muy contentos al parecer. Él la abrazaba con harta efusión y ella se dejaba acariciar entre risitas y gestitos dengosos.

El conductor, en cambio, estaba impávido. De pronto, frenó y se detuvo frente a una puerta en la que no había ninguna indicación especial.

La pareja se apeó. El gordo lanzó al aire una moneda de oro.

El áureo disco brilló un instante mientras revoloteaba, antes de ser atrapado por la mano del conductor.

— Mil gracias, señor.

El conductor se marchó, remolcando su original vehículo. Para Quoux era un nuevo motivo de asombro.

— Ahí, ya le ha dado cincuenta sueldos —se dijo.

De nada habían servido siglos de severa educación; las costumbres volvían a corromperse, pensó con amargura.

El gordo y su acompañante desaparecieron por aquella puerta. Después de unos titubeos, Quoux decidió probar su suerte.

CAPÍTULO V

Una mirilla se descorrió en la puerta y unos ojos escrutaron su cara.

— ¿Desea algo, amigo? —preguntó una voz en tono poco amable. Quoux enseñó dos monedas de cien sueldos.

— Shammie me ha dado recuerdos para Boris Afree —contestó.

— Está bien, entre.

La puerta se abrió. Quoux vio cortinas al otro lado.

Un sujeto de nariz ganchuda y rostro especulativo se apoderó de los doscientos sueldos.

—Es usted socio de «La Copa de Plata», señor — declaró pomposamente—. Sea bien venido a nuestra sociedad.

— Gracias, amigo.

El conserje, Quoux le llamó así mentalmente, apartó las cortinas.

Quoux pasó al otro lado. El ambiente le aturdió en el primer momento.

Risas, voces, tintineos de copas y botellas y canciones en un escenario, a cargo de tres hermosas muchachas, escasamente vestidas. Había un enorme gentío ocupando todas las mesas del local.

El servicio corría a cargo de guapas mujeres, no más vestidas que las cantantes. Las camareras iban y venían sin cesar, llevando las bandejas con botellas. El dinero corría pródigamente.

— Pero ¿cómo es posible que una cosa así no haya llegado a oídos de la autoridad? —se dijo, desconcertado.

Una rubia de exuberante y malvelado busto se le acercó sonriente.

— Tengo una mesa para usted, señor —dijo.

— Sí, gracias.

La camarera le condujo hasta una mesa situada no lejos del

escenario. Quoux tomó asiento y ella esperó, mirándole sin dejar de sonreír.

—¿Qué…? Ah, vino, una copa de vino, señorita — pidió él.

— ¿Una copa de vino? —El tono de la camarera era desdeñoso —. Bueno, se la traeré.

Y se alejó con un provocativo contoneo que no atrajo, sin embargo, la atención de Quoux.

El joven paseó la vista por el local. A cada momento crecía su perplejidad. Pero ¿era posible que sucediesen tales cosas en una época de tanta austeridad?

De pronto, vio a un conocido.

Estaba hablando con una hermosa mujer, tres o cuatro mesas más adelante. El individuo le vio, dejó de sonreír un instante y luego volvió la cabeza rápidamente.

Quoux empezó a comprender.

Aquel hombre era Marc Yin, Jefe Prospector de Región. «La Copa de Plata» estaba situada en la parte de la ciudad sujeta a su cuidado.

— El dueño le paga para que haga la vista gorda —dedujo en el acto.

Volvió la camarera y puso la copa sobre la mesa.

— Son diez sueldos —dijo.

Quoux respingó.

— ¿Cómo? ¡Pero… si una botella vale sólo dos…!

Ella apoyó una mano en una de sus carnosas caderas.

— Oye, gorrioncillo, ¿de qué limbo sales tú? Paga o me llevo la copa…

— No, no, naturalmente que no. Dispensa, guapa; fue un comentario que hice sin querer. Toma…

Le entregó dos monedas de diez sueldos. Cierto instinto le hizo pensar que recurrir a una costumbre abolida hacía siglos, la de la propina, podía darle buenos resultados.

En efecto, la cara de la camarera tomó otra expresión. Una de las monedas desapareció en el centro de su prominente escote.

— Gracias, buen mozo —dijo, y entornó los ojos—. Me llamo Hania.

Y se alejó, en el mismo momento en que estallaba una atronadora salva de aplausos.

Quoux se dio cuenta de que las tres chicas habían desaparecido del escenario. Otra salió en su lugar.

La nueva artista vestía de un modo muy distinto: túnica blanca hasta los pies, cerrada de cuello y de mangas flotantes. Su espesa cabellera le llegaba holgadamente hasta la cintura.

Era un cuadro sumamente atractivo, sobre todo porque la costumbre en las mujeres, desde hacía muchísimos años, era llevar el pelo sumamente corto. Aquella frondosa cabellera era una nota exótica en el conjunto de la figura de May Derr.

* * *

May Derr tenía una voz que hechizaba. Además, cantaba unas melodías completamente nuevas, jamás oídas antes. Quoux poseía buen oído para la música y estaba seguro de que aquellas canciones no habían sido compuestas en la época actual.

— Son de la Era Precatastrófica —calculó.

Ello reforzaba sus argumentos.

May era una de las personas hibernadas. ¿Cómo había salido de la caverna de hibernación?

Tal vez, como había aventurado a su jefe, los mecanismos automáticos habían funcionado y todos los hibernados habían despertado después de cincuenta y cinco siglos de sueño.

Si era así, el calificativo de «Bella Durmiente» aplicado a May estaba muy bien aplicado, pero faltaba alguien.

Un Príncipe Encantador.

Y una larga descendencia que anulase el virus de la fiebre de Orymus.

Hania se acercó de nuevo con otra copa en la mano.

— Yo no he pedido más vino —dijo Quoux, extrañado.

Ella sonreía.

— Te lo ha enviado un amigo —contestó, a la vez que daba media vuelta, llevándose la primera copa.

Una salva de aplausos estalló en aquel momento. May se retiraba después de su actuación.

Alguien salió al escenario y anunció que May cantaría después varias canciones más. Apareció un acróbata y empezó a dar saltos en el escenario.

El público apenas le prestó atención. Quoux se preguntó quién era el amigo que le había invitado a vino.

¿Marc Yin?

Discretamente, paseó la vista por el local. De pronto, vio a alguien conocido.

Un ligero estremecimiento sacudió su cuerpo. ¡Echton estaba en la taberna!

El orymusino parecía dedicar todas sus atenciones a su hermosa acompañante. De súbito, alguien se acercó a Quoux.

— Estás muy solo —dijo una mujer—. ¿Quieres que te acompañe?

— Bueno, como gustes —aceptó él.

— Me llamo Rexyna —dijo ella.

— Yo soy Kyno.

— Encantada, Kyno. ¿Te importa que beba de tu copa?

— Claro que no, Rexyna. Yo pediré otra para mí.

Ella levantó la copa en alto.

— El vino de esta taberna es muy bueno, pero yo tengo otro mejor en mi departamento. Si quieres, puedes venir conmigo y nos beberemos juntos una botella.

Dicho lo cual, se llevó la copa a los labios y tomó un largo sorbo.

Rexyna hizo un gesto de desagrado.

— Esto que me has dado, ¿es vino o desinfectante? —exclamó.

Quoux se encogió de hombros.

— Yo ya había tomado una copa —respondió—. Ésta me la envió un amigo.

— Pues parece que sea tu enemigo personal —dijo Rexyna despreciativamente.

Y apenas había acabado de hablar, sufrió un fuerte estremecimiento.

Sus ojos giraron vertiginosamente en las órbitas. Luego, poco a poco, se inclinó a un lado y cayó al suelo.

* * *

Quoux se quedó atónito en el primer momento. Luego corrió en auxilio de la joven.

Sonaron algunos gritos de alarma. Alguien aconsejó llamar a un

médico.

Otro dijo que sería más conveniente avisar a la policía. Un hombre que llegaba en aquel momento, exclamó secamente:

— ¡Olvídese de la policía, estúpido! ¡Muchachos, llévense a esta mujer!

Dos hombres aparecieron y cargaron con el cuerpo de Rexyna. Quoux tenía la seguridad de que la joven estaba muerta.

Alargó la mano hacia la copa, pero alguien se la arrebató de un manotón, tirándola al suelo.

— Deje eso, tonto.

Quoux elevó los ojos.

— ¿Quién es usted? —preguntó.

— Afree. ¿Qué ha pasado aquí?

— No sé. Hania me trajo la copa…

— Es cierto —corroboró la aludida—. Me la entregó un cliente, diciéndome que era amigo de este señor.

— ¿Quién es? —saltó Quoux.

Hania tendió el brazo.

— Está en aquella mesa… ¡Se ha ido! —chilló.

Quoux volvió la cabeza en la dirección indicada.

Echton había desaparecido.

Quoux se estremeció de pavor. Rexyna había ingerido el veneno que le estaba destinado.

Uno de los sirvientes se acercó y habló discretamente con Airee.

— Ha muerto —informó.

Afree se puso lívido.

— Me gustaría hablar con usted, señor —dijo, dirigiéndose a Quoux—. En mi despacho particular, si no tiene inconveniente.

— Ninguno —aceptó Quoux.

Era inútil tratar de perseguir a Echton. El orymusino habría echado mano de su transformador psicofísico. «¡A saber el aspecto que tendrá ahora!», pensó resignadamente.

* * *

Afree le tendió una copa.

— No —rechazó Quoux.

— No está envenenado, se lo garantizo —dijo Afree.

— Me lo imagino, pero ahora me he vuelto receloso. ¿De qué quería hablarme, Afree?

— Lo que ha pasado no es muy corriente en el local. Mejor dicho, nunca había sucedido hasta ahora.

— Sí, le creo.

— ¿Quién y por qué quiso envenenarle? —preguntó Afree.

Quoox miró fijamente a su interlocutor.

— ¿Cuánto le pagan ustedes a Marc Yin por su complicidad? —inquirió.

Afree se puso pálido.

— Está insinuando cosas que no tienen nada que ver con…

Impasible, Quoox sacó una tarjeta blanca y la puso bajo los ojos de Afree.

— Investigador especial del Superministerio, con plenos poderes —dijo.

Afree sintió que sus piernas se convertían en mantequilla. Incapaz de tenerse en pie, tuvo que sentarse en una silla.

La tarjeta con su nuevo cargo figuraba entre los documentos que le había entregado Sphad. Le abriría todas las puertas, incluso las de los Subministros.

— Escuche —lloriqueó Afree—, yo no tengo nada que ver con todo esto. Soy un simple empleado…

— No tema —dijo Quoox—. No he venido a cerrar su local; quizá lo hagan otros, aunque, por mi parte, callaré. Si me ayuda —añadió tras una pausa deliberada.

— ¿Qué he de hacer? —preguntó Afree, ansiosamente.

— Hábleme de la cantante, de Mary Derr. ¿De dónde vino?

— No lo sé… Se me presentó un día y dijo que quería cantar en el local… Soy también director artístico y le hice una prueba… Me gustó; todas sus canciones son nuevas… Dijo que ella misma las había compuesto. Ha tenido un gran éxito, como usted mismo ha podido apreciar.

— Canciones nuevas, ¿eh? ¿Dónde vive esa chica?

Afree se encogió de hombros.

—No sé, ni me preocupé de ello… Viene puntual y… Pero ¿por qué se interesa tanto por May Derr?

— Con que las canciones son nuevas, ¿eh? —gruñó Quoox—. Claro, al cabo de cincuenta y cinco siglos son nuevas.

— ¿Cómo? —saltó Afree.

—No he dicho nada. Busque a May y tráigala inmediatamente a este despacho. He dicho *inmediatamente*, ¿comprende?

— Sí, señor, sí…

Afree se precipitó a cumplir la orden.

Regresó dos minutos más tarde. Traía malas noticias.

— Se ha ido —dijo.

CAPÍTULO VI

— No hay ni rastro de la chica ni de Broo Echton —informó Hamiz tres días más tarde.

— ¿Has preguntado en «La Copa de Plata», Harel?

— Mi amigo Shammie está allí casi permanentemente. En cuanto la vea, nos avisará, jefe.

Quoux se paseó por la sala de su departamento.

— Está en alguna parte, seguro —dijo.

— Oh, sí, claro, no es un espíritu puro. Pero, ¿dónde?

— Ella mencionó como dirección la Trigesimosexta Perspectiva. ¿No podría haber pronunciado la palabra mal y haber dicho Vigesimosexta? Hemos de tener en cuenta que han pasado cinco mil quinientos años desde entonces.

— Es posible, en efecto —admitió Hamiz—. El doctor Thannet pudo haber oído mal y…

— Voy a llamarle.

Momentos después, Quoux estaba en comunicación con su amigo.

— No, lo siento, muchacho —dijo el galeno—. Ella dijo Trigesimosexta y lo recalcó bien, pronunciando las letras con toda claridad. No puede haber error al respecto, aunque, si te sirve de algo, te diré algo que omití el otro día.

— ¿Qué es, Dull? —preguntó Quoux.

— Su profesión, Kyno.

— Cantante.

Thannet lanzó una estentórea carcajada.

— Tienes un humor admirable, Kyno —dijo—. Ella dio, como profesión, licenciada en Ciencias Arqueológicas y preparándose para la tesis doctoral.

— ¡Atiza!

— ¿Te asombra?

— Una arqueólogo… ¡Pero yo la he visto cantando en…!

— Kyno, ¿tomas alguna droga alucinógena?

— Está bien —refunfuñó Quoux—. Arqueólogo, de acuerdo. Lo comprobaré en la Universidad.

— ¿Es que no te fías de mí? —se amoscó el galeno.

— De ella es de quien no me fío. Gracias, Dull.

Quoux se volvió hacia su ayudante, una vez terminada la conversación, y le dio una orden lacónica:

— Sigue buscando a Echton —ordenó.

El gigante juntó el índice y el pulgar en círculo.

— O.K., jefe —se despidió.

Kyno dudó un momento. ¿Debía hablar por videófono con el rector de la Universidad?

Pronto tomó una decisión.

La conversación personal, cara a cara, daría mejores resultados, estimó.

* * *

El rector le envió al profesor Hendrik. Era el hombre que podría resolver los problemas de Quoux, dijo.

— Recuerdo a May Derr —admitió Hendrik, después de las primeras preguntas de su visitante—. Una alumna muy aprovechada y una fanática de la arqueología.

Quoux suspiró.

— Hay gente con aficiones muy dispares —dijo—. Imagino que la trató usted personalmente.

— Por supuesto.

—En tal caso, no tengo la menor duda de que la reconocerá en esta fotografía— manifestó Quoux, a la vez que enseñaba la que le había dado el Superministro con la efigie de Muriel David.

Hendrik tomó la fotografía.

— Usted bromea, señor Quoux —dijo, después de examinarla.

El joven parpadeó.

—¿Cómo, profesor?

— Esta joven no es May Derr. Ni siquiera se le parece —declaró Hendrik de forma contundente.

Quoux tenía la boca abierta.

— Espere —añadió el profesor.

Se levantó y se acercó a un fichero que tenía en uno de los lados de su despacho. Poco después, regresaba junto a su visitante.

— Aquí tiene la ficha, con el historial personal de May Derr —dijo.

Quoux tomó la ficha. Había una fotografía en color y relieve. La joven que aparecía en la imagen era de rostro agraciado, aunque algo vulgar.

— Es la May Derr que se licenció en arqueología y que ahora está elaborando su tesis doctoral. Si desea hablar con ella, puede ir a su domicilio particular, Segunda Gran Calle, Sexto, Cuadragésimo Novena, letra H.

— Le agradezco su información, profesor —contestó Quoux—. En efecto, hablaré con la señorita Derr.

— Ha sido un placer ayudarle —le despidió Hendrik.

Quoux abandonó la Universidad.

Mientras pedaleaba en su monociclo, llamó a Hamiz.

— ¿Alguna noticia, Harel?

— Ninguna, jefe. Echton se ha evaporado.

— Bien, ya lo encontraremos. Sigue buscando, Harel.

— O.K., jefe.

A Quoux le extrañó la insistencia de su subordinado en emplear aquella frase, pero Hamiz había cortado ya y no quiso llamarle de nuevo. Luego le preguntaría dónde había escuchado aquellas dos palabras que le sonaban tan raras.

Treinta minutos más tarde, entraba en la 2ª Gran Calle. Buscó el 6.° bloque y el ascensor le llevó a la planta 49ª

Momentos después, se detenía ante la puerta señalada con una H.

Llamó. No le contestó nadie.

Volvió a llamar. La puerta continuó cerrada.

De repente, creyó oír voces al otro lado.

Había alguien en la casa. ¿Por qué no le contestaban?

Estudió la forma de la puerta. Luego se situó a un lado.

Transcurrieron cinco minutos largos. La puerta se abrió.

Alguien dijo:

— El campo está libre. Podemos irnos, jefe.

Quoux aguardó unos instantes todavía. Un hombre salió, llevando atravesada sobre los hombros a una mujer, vestida con blusa y pantalones cortos. La mujer estaba inconsciente.

Era May, no cabía la menor duda. Quoux dejó que el individuo saliera.

Otro apareció tras él. Era Echton.

Quoux le tocó en el hombro con la mano izquierda. Echton se volvió instintivamente.

Un puño se disparó con terrible fuerza. Echton lo vio venir y echó la cabeza hacia atrás, lo que no evitó del todo el golpe, aunque sí lo amortiguó considerablemente.

Echton vaciló, a pesar de todo. Quoux se arrojó sobre él, pero, en el mismo momento Echton se llevó una mano a la cintura.

El orymusino se convirtió en una nube de vapor blanquecino que giraba vertiginosamente. El torbellino se deslizó a toda velocidad hacia la escalera y desapareció antes de que el sorprendido Quoux pudiera hacer algo para evitar la huida de su enemigo.

Pero, al menos, tenía allí a May Derr. Todavía estaba sobre el hombro del ayudante de Echton, quien, asustado, lanzó a la chica contra Quoux y escapó.

Quoux y May rodaron por el suelo. Ella se quejó débilmente.

El joven se esforzó por levantarse. Luego, alzando en brazos a la joven, entró con ella en la casa y cerró de un taconazo.

May fue a parar a un diván. Quoux se encaminó en busca de un vaso de agua.

* * *

May abrió los ojos y miró aturdidamente a su alrededor.

— ¿Dónde estoy? —preguntó, con voz débil.

—En su casa— sonrió Quoux—. ¿No me reconoce?

— Le he visto una vez…

— Hace algunos días. Yo la ayudé a manejar su ciclomóvil.

— Ah, sí, ahora recuerdo… —May esbozó una sonrisa—. Soy muy torpe para según qué cosas.

— Se comprende. En mil novecientos noventa no había monociclos con motor eléctrico y giroestabilizador.

Ella parpadeó, asombrada.

— ¿Cómo? —exclamó.

—Vamos, vamos, déjese de ficciones. Usted no es May Derr, sino Muriel David, que fue sometida a hibernación hace cinco mil quinientos años.

— ¡Está loco!

Quoux sacó su tarjeta.

— Lea —indicó.

May obedeció.

Luego se encogió de hombros.

— Eso no me dice a mí nada —contestó—. Tengo la conciencia muy tranquila.

— Seguro —contestó Quoux con sorna—. Tan tranquila como se puede tener después de un asesinato, Muriel Davil.

— ¿Qué dice? ¿Me está llamando asesina?

— ¿Dónde está el cadáver de May Derr?

Hubo un momento de silencio.

— Usted fue a ver al doctor Thannet —añadió Quoux.

— Lo admito.

— Y le pidió un tratamiento contra el cáncer.

— Sí.

— Y habla de un modo que no corresponde a esta época. Además, era lingüista en el año mil novecientos noventa.

Ella se echó a reír.

— Su locura es divertidísima, Kyno —contestó—. ¿No tiene más chistes que contarme?

— Escúcheme —dijo Quoux con severo acento—. ¿No se ha dado cuenta de que pretendían secuestrarla?

— Me narcotizaron, pero no sé más —respondió la muchacha.

— ¿Conocía a esos tipos?

— No. Ni tengo la menor idea de los motivos de mi secuestro que usted, por fortuna y con mi agradecimiento, ha frustrado.

— Uno de ellos es el jefe del Servicio de Información de Orymus. Pretendía llevársela a su planeta.

— ¿Para qué? —preguntó May, asombrada.

—Presumiblemente, para casarla con alguien. Quizá con él; bien mirado, aún está de buen ver.

May se echó a reír de nuevo.

— Jamás he oído disparates tan graciosos —contestó.

Quoux procuró armarse de paciencia.

— Escuche, May, quiero que colabore conmigo —dijo—. La cosa es mucho más grave de lo que usted cree…

— Es digno de enviarle a usted a un hospital psiquiátrico.

— ¡Por favor!

May se puso en pie.

—Tendrá que dispensarme un momento —rogó, atusándose el pelo—. Necesito ir al baño,

— Está bien —rezongó él de mal talante—. Vaya, pero tenga en cuenta una cosa: no me iré de aquí hasta que haya conseguido su completa cooperación.

— Muy bien —repuso May con displicencia.

Quoux se quedó solo. Contempló el panorama desde una de las ventanas de la estancia.

Ciertamente, la ciudad no era muy atractiva. Bloques inmensos de edificios, todos muy parecidos, con grandes comodidades, eso sí, pero carentes de estética.

Por fortuna, el campo no quedaba lejos. Algunos afortunados empezaban ya a construirse residencias lejos de la ciudad.

— Así fue en el pasado, creo —murmuró.

De repente, se dio cuenta de que May tardaba demasiado.

Frunció el ceño. Una vaga alarma invadió su ánimo.

— ¡May!

Ella no contestó. Enormemente aprensivo, Quoux buscó el baño.

La puerta estaba abierta de par en par.

Y también la ventana, amplia y espaciosa.

En uno de los lados del cuarto de baño había una gran caja de embalaje, con un rótulo altamente significativo en uno de sus costados:

Contiene un monociclo

con motor para propulsión

terrestre y aérea.

Giroestabilizador incluido.

La caja, por supuesto, estaba vacía.

— Y dijo que no sabía manejar ese maldito artefacto —masculló Quoux, irritado por la burla de que había sido objeto.

CAPÍTULO VII

Harel Hamiz asomó cautelosamente la cabeza y vio a Quoux tendido sobre un diván, con la vista fija en el techo y las manos sobre el estómago.

— ¿Piensa, jefe? —preguntó.

— Me gustaría dejar de pensar, Harel. Pasa.

— ¡Hum! Dejar de pensar. Eso significa la muerte.

— Yo no quiero llegar a tanto, aunque sí habrás de permitirme que maldiga el día en que me llamaron para ejecutar esta misión.

— Pues vamos a maldecir juntos, jefe.

Quoux se sentó en el diván.

— ¿Nada nuevo, Harel? —preguntó.

El gigante hizo un gesto ambiguo.

— Tengo un sospechoso en cartera —respondió.

— ¿Nombre?

— Teel Zagd, jefe.

— ¿Procedente de Orymus?

— Sí, desde luego.

— ¿Dónde está ahora?

— No lo sé. Se ha convertido en humo.

Quoux meditó un momento.

— ¿Has leído las listas de pasaportes del astro-puerto? —preguntó al cabo.

— Sí. Zagd dijo ser comerciante.

—Claro, como el novecientos noventa y nueve por mil de todos los orymusinos que vienen a la Tierra. ¿Qué te hace pensar que es nuestro hombre, Harel?

— Pues… anduve por aquí y por allá, preguntando a unos y a otros… Un tipo me dijo que le vio cargar con una maleta.

— Como muchos pasajeros —mascculló Quoux.

— Sí, pero la maleta pesaba ochenta y tantos kilos, según la báscula, y él la llevaba como si nada.

Los ojos de Quoux chispearon.

— El índice de potencia muscular de Echton es verdaderamente notable —recordó—. ¿Qué podría contener la maleta, Harel?

— Joyas, para persuadir a Muriel David de que se vaya con él.

— Harel, no seas cáustico. Quizá contenía algún artefacto extraño… ¿Es que no se lo examinaron en la aduana?

—¿Por qué se lo iba a examinar? Nunca se hace…

—Confiamos demasiado en los extranjeros— rezongó Quoux—. Harel, ya puedes ir buscando un rastreador molecular. Empieza desde el mismo astropuerto; cambie o no de aspecto, Echton tiene un índice de nivel molecular que es imposible de alterar.

— Ya lo haré mañana, jefe —contestó Hamiz.

— ¿Por qué, Harel?

— Es tarde ya y estoy cansado. —El gigante bostezó—. ¿Le importa que me quede a dormir en un rincón?

— ¿Qué dirá tu mujer, Harel? —sonrió Quoux.

— Está de visita en Nueva Ibiza. Tiene allí una hermana y creo que se lo están pasando en grande.

— Hay mujeres con suerte —comentó Quoux filosóficamente. Se puso en pie—. Bueno, puedes usar el diván.

— Gracias, jefe.

— Ah, una cosa —exclamó Quoux de pronto.

— ¿Qué le ocurre ahora?

— Esa frase que pronuncias a veces… «O.K., jefe». ¿De dónde diablos la has sacado?

— Ah, se la he oído muchas veces a mi amigo Tim Cork.

— ¿Quién es?

— Un tipo muy simpático que vive en la misma casa que yo. Ha debido de correr muchas aventuras y dice que no ha conocido nunca un país como éste. Sabe que soy policía y me admira enormemente.

—Ah, ya. Bueno, era curiosidad nada más, Harel.

— No tiene importancia, jefe. Buenas noches.

— Hasta mañana, Harel. Ah, si quieres cenar, puedes hacerlo. Yo tengo almacenadas una docena de raciones de reserva.

—Quizá me coma cuatro o cinco— declaró el gigante con toda

naturalidad—. Gracias por el ofrecimiento, jefe.

Quoux se fue al baño y luego a la cama. Apagó la luz, pero, como tenía la puerta entreabierta, podía oír los movimientos del gigante, que se atracaba de comida.

Al cabo de unos minutos, recordó una cosa.

— ¡Harel! —llamó.

— Diga, jefe —contestó Hamiz, con la boca llena.

— ¿Qué clase de aventuras ha corrido tu amigo Cork? ¿Fue en algún planeta lejano?

— Oh, no, fue en la Tierra; él dice que no le gusta moverse de aquí.

— Sí, hay mucha gente… Pero, ¿qué clase de aventuras?

— Pues tiros y cosas así, jefe. Aunque, si quiere que le diga la verdad, yo opino que son historias que Tim se saca de la cabeza. Es escritor, ¿comprende?

Quoux apenas oyó las últimas palabras. Estaba durmiéndose.

* * *

Por la mañana, cuando se depilaba la barba frente al espejo, en el cuarto de baño, algo golpeó su mente con la fuerza de un rayo.

Acabó de vestirse a la carrera. Luego descendió a la calle, montó en el monociclo y partió a toda velocidad en determinada dirección.

Minutos más tarde, llegaba al bloque donde vivía su ayudante. No tardó en encontrar la vivienda de Tim Cork.

Llamó a la puerta. Un sujeto de rostro anguloso, boca torcida y mirada recelosa abrió de inmediato.

— Buscó a Tim Cork —dijo Quoux.

— No está —contestó el sujeto.

— Entonces, indíqueme dónde puedo encontrarlo.

— ¿Por qué?

Quoux se armó de paciencia.

Sacó su tarjeta.

— Lea —dijo lacónicamente.

El otro examinó el documento.

— Subjefe Prospector… Eso parece algo referente a la «bofia», ¿no?

Quoux se puso rígido.

— ¿Cómo se llama usted? —preguntó.

— Chett Andrews —respondió el otro—. Pero si no tengo a mi abogado delante, no contestaré…

Quoux le empujó con la mano, haciéndole retroceder.

— Olvídese de su abogado —dijo.

Andrews intentó resistirse, pero sus fuerzas eran las de un chiquillo, en comparación con las de Quoux. «Su I.P.M. no llega ni a 0,40», pensó desdeñosamente.

— Oiga, pero, ¿qué se ha creído…?

— ¡Cállese! —tronó Quoux—. No proteste ni lo intente siquiera, porque será inútil. Lo único que tiene que decirme es dónde está su jefe, eso es todo.

Andrews apretó los labios, a la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho.

— ¿Me va a matar si cierro el pico? —preguntó desafiadoramente.

— Hay medios para hacerle hablar.

— Tercer grado, ¿eh?

— Andrews, ¿dónde ha aprendido esa frase, completamente inusual en esta época?

— Como acusado, me niego a contestar, para no incriminarme a mí mismo. La Constitución me otorga derechos…

— Andrews, ¿sabe usted que esa Constitución que invoca en su beneficio, desapareció cuando desapareció la Humanidad hace cinco mil quinientos años? Las leyes son ahora muy distintas y, aunque protegen a los presuntos reos, aplican penas severísimas a quienes quebrantan el orden.

El sujeto se puso pálido.

— Pero yo no he hecho nada malo…

— ¿Dónde está Tim Cork?

— Repito que no se lo diré —contestó Andrews tercamente—. No es un delito callar el paradero de una persona, cuando ésta es inocente.

— Está usted muy bien impuesto de temas legales, Andrews —dijo Quoux irónicamente.

El otro se encogió de hombros. De pronto, Quoux disparó una pregunta a bocajarro:

— *¿Era usted abogado en el año mil novecientos noventa, señor*

Andrews?

* * *

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia.

Andrews había palidecido terriblemente.

Quiso decir algo, pero sólo consiguió abrir la boca y emitir sonidos inarticulados.

— ¡Vamos, conteste! —le apremió Quoux.

Andrews dio un paso hacia atrás.

— ¿No quiere decir nada? —insistió Quoux.

La cara de Andrews se tornó blanca. Sus ojos perdieron brillo súbitamente.

— Me… pongo… muy enfermo… —dijo con voz cascada.

Quoux frunció el ceño. Una espantosa transformación se operaba en Andrews.

Surgían arrugas en su cara y en el dorso de sus manos. Temblaba convulsivamente.

El pelo encaneció a ojos vistas, como si alguien se lo tiñese con un pulverizador invisible. Sonaron varios ruiditos extraños, como si al suelo cayesen unos huesecillos de aceitunas o algo por el estilo.

Quoux bajó la vista. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

¡Andrews estaba perdiendo los dientes!

El individuo, horriblemente viejo, se desplomó sobre un sillón.

— Me… muero… —gimió.

El pelo se le caía a puñados. En un principio, le había temblado el cuerpo, pero ahora sus movimientos eran cada vez más débiles.

En menos de cinco minutos, Andrews sufrió una transformación total. De un hombre de unos cuarenta y tantos años, pasó a ser un centenario y viejo y apergaminado que se moría a chorros.

— Andrews, dígame dónde está su jefe —le apremió Quoux.

— Está en la…

Los labios de Andrews fueron a pronunciar una palabra, pero sólo consiguieron emitir una burbuja de aire. Su cabeza se dobló a un lado y murió.

¡Pero seguía envejeciendo con horrorosa rapidez!

Quoux retrocedió.

En pocos minutos, el cadáver de Andrews se descompuso y se

convirtió en cenizas. Un cuarto de hora más tarde, sólo quedaban del individuo un puñado de polvo gris oscuro y unas ropas vacías de su contenido humano.

Quoux tragó saliva.

Había sido una experiencia espantosa, pero le había servido para confirmar una cosa: la maquinaria automática de la caverna de hibernación había entrado en funcionamiento, despertando a los hibernados.

— Y cien personas que se habían dormido cincuenta y cinco siglos antes estaban viviendo libremente en el año 7.541.

— Bueno —se corrigió—, cien no, noventa y nueve.

Una de aquellas personas que corrían libremente en la época actual, era Muriel David, bajo la personalidad de May Derr.

CAPÍTULO VIII

Quoux creía haber entendido la palabra que Andrews no había llegado a pronunciar.

Además, conocía el origen de su peculiar manera de hablar. Si lo relacionaba con lo que Hamiz le había dicho acerca de las aventuras corridas por su amigo Tim Cork, era fácil conocer la «profesión» de éste y de Andrews.

Quoux no tenía gran idea de lo que había sido la delincuencia cincuenta y cinco siglo antes, pero ciertas historias se habían transmitido a través de los siglos. A fin de cuentas, él tenía que conocer una parte de la historia, puesto que le había sido necesario para ejercer su profesión.

Desde la casa de Cork llamó al Superministro y le dio la noticia.

Sphad se mostró notoriamente preocupado.

— ¿Cree que eso puede ser verdad, muchacho? —preguntó.

— No caben dudas al respecto, señor —respondió Quoux—. Los hibernados andan por ahí completamente libres.

— La noticia es grave de por sí, pero más aun por lo que representa en otros sentidos, Quoux.

— ¿Qué representa, señor?

— El fin de nuestras esperanzas, muchacho.

— ¿Cómo?

— Está claro, hombre. Los hibernados están condenados a muerte. En tal caso, es imposible soñar con la solución propuesta por Sanidad para la fiebre de Orymus.

— Bueno, pero no todos contraemos esa enfermedad —alegó Quoux.

— Sanidad afirma que, a la larga o a la corta, todos pasaremos por ese trance. En diez años, quedaremos estériles.

Hubo una pausa de silencio.

— Así pues —añadió Sphad—, si desea renunciar…

— ¡No! —gritó Quoux—. Pase lo que pase, seguiré adelante. Nuestra civilización está muy adelantada, pero los hombres del siglo XX no eran tampoco unos analfabetos. Y su mentalidad era muy distinta de la nuestra. Quizá sepan algo que a los científicos actuales se les haya podido escapar. Ellos miran sólo en una dirección, debido a su idiosincrasia. Pero los hombres del pasado pueden saber algo que a nosotros podría darnos resultado.

— Tal vez tenga razón, muchacho —convino Sphad pensativamente—. Está bien. Siga adelante… con mis bendiciones.

— O.K., jefe.

— ¿Cómo? —respingó el Superministro.

Quoux sonrió.

—Es una frase que se usaba mucho hace cincuenta y cinco siglos, señor— contestó.

* * *

— El otro día entregué doscientos sueldos. ¿Es que cada vez que uno viene a este infecto lugar ha de pagar la cuota de socio? —dio dijo Quoux malhumoradamente.

El vigilante de la puerta no se ablandó.

— Lo siento —dijo secamente.

Quoux se resignó.

— Está bien, pagaré, ¡qué remedio!

Entregó el dinero y el otro abrió.

— Alguien se está forrando de oro —masculló, al dirigirse hacia las cortinas.

Entró en la sala y buscó una mesa. Alguien acudió a los pocos minutos.

— Hola, guapo —saludó Hania.

— ¿Qué tal, preciosa? Trae dos copas de vino y siéntate conmigo.

— No sé si podré… —dudó ella, haciendo aletear sus pestañas.

Quoux le guiñó un ojo.

— Haz lo que te digo, hermosa —insistió.

— O.K. Vendré en seguida.

Hania se alejó para volver a los pocos minutos con dos copas.

Tomó asiento y miró fijamente al joven.

— ¿Y bien, Kyno?

— Antes has dicho «O.K.». ¿Dónde lo has aprendido, Hania?

— Oh, el jefe lo dice a menudo. Casi no se le cae de la boca.

— El jefe… ¿se llama Cork?

— Sí. ¿Cómo lo sabes?

Quoux ocultó una sonrisa de satisfacción por el procedimiento de llevarse la copa a los labios.

— Pero el que dirige la taberna es Afree —dijo después de beber.

— Bueno, es el encargado. Cork no le quita ojo de encima.

— ¿Está a la vista?

— No, claro, sino en su despacho.

— Y nos verá desde allí.

— Sí, por supuesto.

— Te doy las gracias, Hania. Dime ahora por dónde se va al despacho de Cork.

— La puerta del fondo da a un pasillo. Hay otra al fondo —indicó la camarera.

Quoux sacó dos monedas de a veinte sueldos.

— Paga el vino y quédate con el resto. Te lo mereces.

La cara de Hania expresó decepción.

— Oh, yo creí que…

— Otro día, hermosa. Ahora tengo algo muy importante que hacer —atajó Quoux las protestas de la camarera.

Y se dirigió al despacho de Cork.

Afree intentó cerrarle el paso.

— No se puede entrar ahí —dijo.

Quoux le miró de pies a cabeza.

— ¿Qué han hecho del cadáver de Rexyna? —preguntó.

Afree tartamudeó unas cuantas palabras ininteligibles.

— Seguro que Cork le dio consejos para deshacerse de él, ¿no es así? —añadió Quoux irónicamente—. Ande, quítese de en medio antes de que las cosas se pongan peor para usted.

El individuo ya no opuso resistencia. Quoux recorrió el pasillo y llamó a la puerta.

* * *

— Sea breve —dijo Cork, impaciente—. Tengo trabajo y no puedo perder el tiempo en conversaciones banales.

Quoux estudió durante unos segundos al individuo que tenía frente a sí. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, fornido, de facciones duras y mirada penetrante.

En uno de los lados del despacho había una batería de monitores de televisión, mediante los cuales vigilaba todos los rincones del local. Sobre la mesa había algunos documentos que no parecían de importancia.

— Ésta no va a ser una conversación trivial, señor Cork —dijo Quoux, tras un espacio de silencio—. Por el contrario, será muy importante.

— ¿Sí? ¿Viene a proponerme un negocio?

— No. Sólo quiero hacerle una petición.

—Si se trata de dinero…

— Olvide el dinero, Cork. ¿Cree que estamos en el siglo XX, donde las gentes no tenían en mente otro pensamiento que el del dinero?

Cork se sobresaltó ligeramente, pero luego se echó a reír.

— Eran otros tiempos —dijo—. Bien, ¿qué diablos quiere?

— Diablos, maldito artilugio, condenado artefacto, O.K., taberna con vino, mujeres y precios alto… lenguaje y hechos del siglo XX, Cork —dijo el joven pensativamente.

El otro palideció.

— ¿Cómo? No… entiendo…

— En aquel siglo, al oficio que usted desempeña actualmente se le calificaba con una palabra muy gráfica. ¿Se hizo hibernar para escapar a la acción de la justicia, Cork?

La cara del individuo se puso lívida.

Su nuez subió y bajó convulsivamente.

— Yo… no… ¿Quién le ha dicho que…?

Quoux movió la mano en semicírculo.

—Estas cosas sólo se le podrían ocurrir a un tipo del siglo XX. Con la colaboración, claro está, de gente de esta época, cuya moral no se puede decir sea muy sana. Vamos, hable de una vez, Cork… ¡o le aseguro que tendrá que enfrentarse con la justicia actual, por complicidad en la muerte de Rexyna!

— ¡No, rayos! —gritó Cork descompuestamente—. Yo no tuve nada que ver con esa muerte.

— Pero sabe quién lo hizo.

— Tampoco, rayos. Mi único delito consiste en aconsejar a Afree y a sus muchachos para que hicieran desaparecer el cadáver de la chica.

—Lo que no es poco— dijo Quoux, impasible—. Aun esos, consejos pueden traerle graves perjuicios si no me indica el lugar donde está la caverna de los hibernados.

Cork calló.

— ¿No quiere hablar? —preguntó Quoux.

— Es que… —Cork se mostraba irresoluto—. ¿Cómo diablos sabe usted que me durmieron hace cincuenta y cinco siglos?

— No se preocupe de ese punto, Cork. ¿Dónde está la caverna?

— Lo ignoro.

— Lo siento, pero no le creo.

Cork extendió sus manos con ademán suplicante.

— ¡Le juro que es la verdad! Yo salí de noche… y cuando me llevaron allí, en el siglo XX, ya estaba dormido. En la caverna se terminó el proceso de hibernación y cuando desperté, con Chett Andrews, nos largamos sin volver la cabeza atrás siquiera.

— ¿Se encontraban fuertes después de un sueño de cincuenta y cinco siglos? —preguntó Quoux, atónito.

— Bueno, encontramos instrucciones y comida. Después de unos cuantos días de espera, abandonamos la caverna.

— ¿Caminaron mucho tiempo?

Cork hizo un gesto ambiguo.

— Yo diría que unos tres o cuatro días —respondió.

— ¿En qué dirección?

— ¡Y yo que sé! Nunca me he preocupado de los puntos cardinales. Echamos a andar y un día llegamos a la ciudad, eso es todo.

— Obtendría dinero de alguna parte, me imagino.

— Sí, nos hicimos pasar por obreros parados y obtuvimos la indemnización por desempleo.

— Y luego buscó a Afree y montaron este negocio.

— Hombre, usted verá… Chett y yo nos encontramos al llegar en una época muy buena, pero malditamente aburrida. Había que

divertir a la gente, compréndalo.

— ¿Por qué se hibernó Andrews con usted?

— Tenía problemas con la ley, como yo.

— ¿Y se lo permitieron en aquella época?

— Cuando quisieron hacer algo, imagino, ya estábamos en la caverna de hibernación. No estábamos vivos, pero tampoco muertos y la ley no había previsto un caso semejante, salvo, quizá, aguardar a que despertásemos —Cork lanzó una risita—. ¡Pero en cincuenta y cinco siglos, nuestros delitos han prescrito de sobra!

— Los que cometieron entonces, sí; pero no los que hayan podido cometer ahora.

Cork volvió a encogerse de hombros.

— Repito que sólo tengo en contra mía el asunto de Rexyna, pero yo no la maté ni intervine para nada en su muerte —contestó.

— Marc Yin se mostró de acuerdo con usted, ¿verdad?

— Bueno, es un excelente muchacho…

— Inscrito en su nómina reservada.

— ¡No me comprometa, demonios!

Quoux sonrió.

— ¿Cuántos hibernados había en la caverna, Cork? —preguntó.

— Un montón. No los conté.

— ¿Estaban dormidos?

— Algunos sí. Otros, por lo visto, debieron morir. Les falló el mecanismo o algo así.

— ¿Cuánto tiempo hace que salieron de allí?

— Oh, yo diría que un par de años. Montar este negocio, desconociendo las costumbres de la época, no ha sido cosa sencilla. Además, tuvimos que ahorrar…

— Entiendo. Ahora tengo que llevármelo, Cork.

El sujeto se indignó.

— Pero yo no…

— Escuche, olvidemos lo de Rexyna. Es un asunto más bien mío, ¿comprende? Pero voy a llevarle ante una comisión de geógrafos expertos, quienes le interrogarán minuciosa y cortésmente, a fin de conseguir que recuerde usted cada uno de los pasos que dio después de salir de la caverna de hibernación. Sólo así podremos encontrarla, ¿comprende?

Cork continuaba dudando. Quoux remachó el clavo:

— Elija —añadió—. O se viene conmigo o tiro de la manta. Si me acompaña, le prometo solemnemente olvidarme del asunto de Rexyna.

— Escuche, Andrews tiene mejor memoria que yo…

— Andrews ya no tiene ninguna clase de memoria. Ha muerto —respondió Quoux con brutal sinceridad.

CAPÍTULO IX

Hamiz entró en el piso.

Venía muy desanimado: lo observó Quoux en el acto.

— Has fracasado —dijo.

El gigante asintió.

— Lo admito, jefe.

— ¿No te ha servido de nada el rastreador molecular?

— ¡Je! Ese condenado Echton es listo como ninguno. Llevaba sobre sí un anulador de rastros. Los indicios son concluyentes al respecto.

— Bueno, quizá nosotros consigamos algo.

— ¿De veras, jefe? —preguntó Hamiz esperanzadamente.

— Sí. Tengo a un tipo ex hibernado, que en estos momentos está siendo sujeto a interrogatorio…

El zumbador del visófono sonó en aquel momento.

Hamiz se acercó al aparato y dio el contacto.

— Casa del Subjefe Prospector Quoux —recitó.

— Soy el Superministro. Dígale que tenga la bondad de situarse frente a la pantalla.

— Sí, excelencia.

Quoux se levantó del diván.

— ¿Cómo está, señor? —preguntó.

El rostro de Sphad aparecía inusitadamente grave.

— Malas noticias, muchacho. Cork ha muerto.

— ¡Oh! —murmuró Quoux—. Lo siento, señor.

— El interrogatorio duró unas pocas horas. Luego, de pronto, Cork empezó a envejecer y se convirtió en polvo en menos de quince minutos.

— Entonces, hemos perdido el tiempo.

— Prácticamente, así es. Y lo peor de todo es que cuando

encontremos la caverna, no podremos despertar a los hibernados. ¿Para qué, si van a morir en seguida? —dijo Sphad en tono desanimado.

— Tan pronto, no, señor. Cork y Andrews duraron un par de años.

— ¿Sirve eso de algo, Kyno?

— Bueno, se podría… originar un nacimiento. La madre moriría, pero el hijo seguiría viviendo. Y alguno de los hibernados, un varón, podría casarse con una mujer de la época actual.

Sphad consideró la propuesta.

— Podría ser —dijo al cabo—. Lo consultaré con Sanidad. De todas formas, algo hemos logrado saber.

— ¿Sí?

— El itinerario seguido por Cork y Andrews durante dos de los cuatro o cinco días que duró su marcha a pie. Cork no pudo seguir indicándolo, porque murió.

— Algo es algo, evidentemente. ¿Hasta dónde han llegado?

— A orillas del río antiguamente llamado Colorado, antes de entrar en el Gran Cañón. Es todo cuanto podemos decirle, aunque, eso sí, con gran exactitud.

Sphad enseñó un mapa, en el cual había señalado un punto con un círculo rojo.

— Habrá que empezar a buscar a partir de ahí —añadió.

— Es una zona desértica, señor —calificó el joven.

—Lo sé. Pero no hay otro remedio que seguir investigando. Prepárelo todo y emprenda la marcha tan pronto como esté listo. Cuente con varios días de ausencia y que tendrá que sobrevivir en una comarca hostil.

— Lo tendré presente, señor.

— Ah, una pregunta, Quoux. ¿Sabe algo de May Derr?

— Absolutamente nada, jefe.

— ¿Y de Echton?

— Se trajo consigo un anulador de rastros moleculares.

— Lógico —admitió Sphad tranquilamente—. Quizá, en cambio, May no lo use.

— Tomaré en cuenta esa posibilidad. ¿Algo más, señor?

— Eso es todo, muchacho.

* * *

La puerta del piso se abrió. May entró, se volvió para cerrar y dio dos pasos antes de detenerse en seco.

— ¡Usted! —exclamó.

Quoux se puso en pie.

— Yo mismo —sonrió.

May alzó la barbilla.

— ¿A qué ha venido aquí? No tengo nada que decirle —manifestó con patente frialdad.

— ¿Me teme usted? —preguntó Quoux.

— ¿Yo? ¿Temerle a usted? —May exhaló una .estridente carcajada, a todas luces falsa—. Resulta divertido oírle hablar. Siga, siga, por favor.

— Si no me teme, ¿por qué escapó el otro día?

— No hay respuesta. —May cruzó los brazos bajo el opulento seno, que se agitaba al compás de una respiración ligeramente acelerada.

— Una vez dijo que no entendía el funcionamiento de cierto maldito artilugio.

— Aprendí después.

— ¿Incluso con mecanismo aeromóvil?

— También —respondió ella sin abandonar su actitud displicente.

Quoux volvió a sentarse en el sillón y juntó las yemas de los dedos.

— May, dígame, ¿qué edad tiene usted? —inquirió.

— Preguntar a una dama los años que tiene es, además de incorrecto, indiscreto. O viceversa, como lo prefiera.

La punta del pie de May golpeaba mecánicamente el suelo. Quoux advirtió el detalle y sonrió.

— Eso era antes, hace cinco mil quinientos años. Ahora ya no se le da importancia a la edad… salvo cuando se rebasan los cincuenta y cinco siglos —manifestó.

— No me suponga tan vieja —dijo ella sarcásticamente—. Tengo… bueno, veintiséis años.

—Contando desde su despertar, «Bella Durmiente», y la fecha actual, suman, en total, cinco mil quinientos sesenta y siete. ¿Me

equivoco, May?

— No sea loco. Nadie puede vivir tanto tiempo.

— Eso mismo pienso yo. He conocido a dos personas que hibernaron durante cincuenta y cinco siglos. Abandonaron su estado de suspensión animada hace un par de años. Han muerto con un intervalo escaso de veinticuatro horas, el último ayer por la noche.

May le miró sobresaltada.

— ¿Qué está diciendo? —preguntó.

— Ya lo ha oído. Es la pura verdad.

— Me cuesta creerlo, Kyno.

— Trate de hacerse a la idea de lo que le acabo de decir es rigurosamente cierto. Los hibernados han dormido durante cincuenta y cinco siglos y, aparentemente, despertaron con toda normalidad. Pero a los dos años, envejecieron de golpe y, en un cuarto de hora, se habían convertido en sendos montoncitos de ceniza.

May estaba muy pálida.

— A usted también puede pasarle lo mismo —concluyó él.

* * *

La chica continuaba callada.

De pronto se movió. Paseó el índice sobre la superficie de un aparador, a la vez que daba dos o tres pasos irresolutos.

— ¿Es cierto lo que dice? —rompió el silencio.

— No bromeo, May —aseguró Quoux.

— ¿Conocía usted a los hibernados?

— Los conocí y, francamente, no eran unos ejemplares muy recomendables de la gente del siglo XX.

— Supongo que eso no tendrá ahora demasiada importancia.

— En cierta manera, no, claro. Lo importante era demostrar que los mecanismos de hibernación funcionaron perfectamente.

— Pero ellos murieron.

—Probablemente, han pasado demasiados años— opinó Quoux —. La hibernación se haría para que los sujetos a ella durmiesen dos o tres siglos, incluso media docena, pero cinco mil quinientos años, la verdad, son demasiados años. ¿No está de acuerdo conmigo en este punto?

— Sí —admitió May pensativamente—. Es un tiempo excesivo para hibernar… y ello me recuerda una cosa —exclamó de súbito.

— ¿Qué es, May?

— Lo siento. No se lo puedo decir ahora.

Quoux se puso en pie.

— May, tengo autoridad suficiente para exigirle que hable —dijo, irritado.

— Lo siento, insisto.

Quoux avanzó hacia ella.

— Lamentaría tener que llegar a una decisión nada beneficiosa para una arqueólogo de excelente historial —manifestó.

— Ah, lo sabe —sonrió ella.

— Sí, aunque debí haber añadido «supuesto», para calificar a su profesión.

— ¡Cómo! ¡Me gradué en arqueología…!

— Quien se graduó fue May Derr. Usted es Muriel David. ¿Qué fue de la otra?

Los ojos de May centellearon. Quoux alargó el brazo y asió su muñeca.

— Tendrá que venir conmigo —dijo—. Será interrogada en presencia de alguien a quien no podrá negar respuestas a sus preguntas.

— ¿De veras?

— Y le conviene hacerlo. Tal vez nuestros científicos logren hallar la manera de prolongar su actual existencia. De lo contrario, corre el riesgo de morir en cualquier momento.

— Yo no tengo miedo en absoluto, Kyno.

— Muy bien. Ya hemos hablado bastante. ¡Vamos!

Quoux tiró de ella hacia la puerta. Repentinamente, el brazo de la joven se convirtió en humo.

Todo el cuerpo de May se convirtió en humo.

Quoux maldijo de un modo desusado en él. El torbellino de humo era idéntico al que había visto ya una vez.

—¡May!— vociferó.

Pero ella no le contestó. Aquel torbellino de humo se dirigió hacia la puerta y, tras deslizarse rapidísimamente por debajo, desapareció de la vista del joven en unos segundos.

Quoux se dio una bofetada en la cara.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido pensar que ella podía disponer de un transformador psicofísico?— masculló, sin poder contener la indignación que le había causado la conducta de May.

CAPÍTULO X

Algo sonó con levísimos tañidos en el lado izquierdo del pecho. Quoux tiró de un minúsculo botón y se lo llevó a los labios.

— ¿Harel? —dijo.

— Sí, jefe. Escuche, venga inmediatamente.

— ¿Qué pasa?

— He localizado a Echton. Cuarta Perspectiva, Segundo, planta baja, puerta N.

— ¿Estás seguro, Harel?

Hamiz lanzó una sonora risotada.

—Su cara no se me despistará ya por muchos años que viva— contestó.

— ¿Te ha visto él?

— No.

— ¿Tiene su aspecto normal?

—Sí.

— No lo entiendo. ¿Por qué no usa el transformador psicofísico?

— Jefe, ¿por qué no viene y se lo preguntamos entre los dos?

— Tienes razón, Harel. Una última pregunta.

— Sí, jefe.

— ¿Qué hace Echton ahí?

Quoux percibió un hondo suspiro a través del receptor.

— Jefe, venga a preguntárselo —insistió Hamiz.

Y cortó.

El joven sonrió.

— Harel tiene razón —dijo.

Momentos después, partía a toda velocidad en su monociclo, pero con el mando aeromóvil conectado. De no haber tenido tanta prisa, habría ido pedaleando, pero la llamada de su fiel ayudante entrañaba una urgencia que no podía desconocer.

Diez minutos más tarde, tomó tierra en las inmediaciones del lugar señalado por Hamiz. Dejó el monociclo y cubrió a pie el resto del trayecto.

Hamiz le señaló una puerta.

— Ahí lo tiene, jefe —indicó.

Quoux estudió el edificio. Era un gigantesco bloque, como otros muchos.

La puerta correspondía a una tienda de las no muy abundantes que había en la ciudad. Sobre el dintel había un rótulo:

ARTÍCULOS DE ORYMUS
¡Auténticos! ¡Baratísimos!
La mejor artesanía
de la Galaxia

— ¡Qué optimistas! —bufó Quoux.

— Pues no se vaya a creer, jefe —dijo Hamiz—. La verdad, nosotros hacemos cosas muy buenas, pero demasiado utilitarias. En todo lo demás, somos unos chapuceros.

Hizo una pausa socarrona y añadió:

— Palabra empleada en el siglo XX y que me enseñó un tipo llamado Tim Cork, Dios lo tenga en su gloria.

— ¡Hum! —dudó Quoux.

Y avanzó hacia la tienda orymusina.

Entró. Hamiz quedaba en las proximidades, por precaución.

Una bonita y vivaz muchacha le atendió en el acto.

— ¿Qué desea el señor? ¿Quiere regalar algo a una hermosa mujer? ¿Su esposa? ¿Su novia? —inquirió amablemente.

—¿Qué me aconsejaría usted, señorita?— preguntó él.

— Un collar de perlas orymusinas, con ochocientos diez años de antigüedad. Muy barato, sólo cincuenta y siete sueldos… O esta flor de diamantes, montada en oro… Treinta y seis sueldos…

Quoux estaba estupefacto.

— En la Tierra no sabemos vivir —dijo.

—También tenemos regalos más módicos. Mire este bolso de piel, de tortuga orymusina. Tres sueldos y medio— sonrió la dependienta. De pronto suspiró—: Lo que pasa es que, aquí, la gente no sabe apreciar las cosas buenas. Si yo fuese el dueño,

cerraría la tienda en el acto.

— ¿Es que no venden nada?

—La gente no está acostumbrada a lo superfluo — se lamentó la chica —Hombre, no es que diga que la producción industrial haya de dirigirse exclusivamente a cosas inútiles, pero, a veces, el más sencillo adorno alegra la vida. ¿No lo cree así, señor?

— Usted es terrestre, señorita —dijo Quoux sonriendo.

— Sí, aunque a veces me gustaría ser orymusina. ¡Hay allí tantas cosas y tan bellas! En Orymus sí que saben entender la vida, créame.

— ¿Y por qué no emigra a aquel planeta?

— No me dejarían. Bastante me costó conseguir este empleo y no por culpa del dueño de la tienda, claro. Mi nombre es Fayvy, señor —se presentó la dependienta.

— Me quedo esta rosa de diamantes —decidió Quoux de pronto.

— A ella le sentará muy bien en el pelo, señor —aseguró Fayvy, con amable sonrisa—. Voy a empaquetársela…

— A propósito, ¿cómo se llama el dueño, Fayvy?

— Zagd, Romno Zagd, señor.

Quoux recordó el apellido.

Echton había llegado a la tierra con la identidad de Teel Zagd.

— Estos días, creo, ha llegado su hermano de Orymus, ¿no es cierto?

— Sí. ¿Quiere que lo llame? Por favor, son treinta y seis sueldos.

Quoux sacó un puñado de monedas y empezó a contarlas.

— Sí, haga el favor de llamar al hermano del señor Zagd — accedió, una vez hubo abonado la compra.

Fayvy dudó.

— Su nombre, por favor —pidió.

— Dígale un amigo, sencillamente.

— Bien, señor.

La chica pasó al interior de la tienda. Quoux, velozmente, se situó a un lado de la puerta que daba a la parte posterior del establecimiento.

Un hombre cruzó el umbral.

— Señorita, ¿se burla usted de mí? —dijo Echton ásperamente —. Aquí no hay nadie…

— Mire a su derecha, Broo —exclamó Quoux.

* * *

La reacción del orymusino fue instantánea.

No volvió la cabeza siquiera.

Saltó hacia delante. La puerta no estaba frente a él, pero no pareció importarle.

El cuerpo de Echton atravesó un gran ventanal, destinado a escaparate, haciendo saltar el vidrio en mil pedazos, con gran estrépito.

Era un hombre increíblemente ágil. Cayó al suelo, rebotó como si fuese de goma y se levantó.

Hamiz salió a su encuentro. Echton pegó un tremendo salto, pasó por encima del gigante, cayó al otro lado y continuó corriendo, convertido en una fugaz mancha de color gris, que se perdió de vista a los pocos segundos.

Mientras, Quoux había saltado hacia la puerta. Súbitamente, un agudo grito le hizo girar en redondo.

Había un hombre en el umbral, apuntándole con una pistola descohesionadora. Quoux se agachó instintivamente.

Detrás de él sonó algo parecido a un trallazo.

Fayvy gritó. El dueño de la tienda se convirtió en una informe pasta de horrendo color sanguinolento.

Quoux se volvió.

— Gracias, Harel —dijo.

El gigante sonreía.

— Parece que he llegado a tiempo —dijo, mientras enfundaba el arma recién utilizada.

Fayvy se había sentado en una silla, incapaz de tenerse en pie.

— Voy a ver si encuentro algo para tapar esa cosa —dijo Hamiz.

Entró en la parte posterior y salió a poco con una manta.

— He visto botellas y copas —declaró.

— Necesitamos un trago, en efecto —convino Quoux.

— Ha sido horrible —dijo Fayvy, lanzando un profundo suspiro —. Pero, ¿por qué querían matarle?

Quoux le enseñó su credencial.

— Eran espías —contestó—. Mejor dicho, uno de ellos sigue siéndolo.

— ¿El hermano del señor Zagd?

— Ese parentesco es simulado, Fayvy.

Hamiz llegaba en aquel momento y sirvió un poco de vino a la chica.

— Esto la entonará —dijo con una amable sonrisa.

Fayvy bebió. Los colores volvieron a su linda cara.

— Ahora me encuentro mejor —confesó.

— Lo celebro mucho —dijo Quoux—. ¿Venía mucho por aquí el supuesto hermano del señor Zagd?

—No, yo sólo lo vi en tres o cuatro ocasiones… Por cierto, la última vez vino a visitarle una joven muy hermosa.

Quoux arqueó las cejas.

— Alta, esbelta, morena y de pelo muy largo.

— Sí. Su cabellera, sobre todo, era preciosa —declaró Fayvy—. Yo pienso dejármela como ella; creo que estaré más atractiva.

— Usted estaría atractiva de todos modos —replicó Quoux—. Ella no le daría el nombre, por supuesto.

— No. Sólo preguntó por Teel Zagd y éste la recibió de inmediato.

— En el despacho privado.

— Efectivamente.

— ¿Estuvo presente el auténtico Zagd en la entrevista?

— No. Durante todo el tiempo que duró, más de una hora, el difunto señor Zagd estuvo aquí, en la tienda, conmigo.

— Bien, ¿qué pasó después?

— Ella, la chica, salió. Llevaba un pequeño bolso en la mano izquierda. No era el suyo, desde luego, aunque también lo llevaba. Yo supongo que el falso señor Zagd debió de dárselo con algo que ignoro.

— Entiendo. ¿Qué pasó después?

— Bueno, el dueño volvió al despacho. Tardó un cuarto de hora en salir. Cuando lo hizo, parecía muy furioso.

— ¿Y su supuesto hermano?

— Oh, ése estuvo aún tres horas. No sé qué hizo mientras —respondió Fayvy.

— ¿No entró usted en el despacho?

— No. Zagd me lo tenía prohibido, a no ser que me llamara especialmente… y aun así, antes de abrirme la puerta, tardaba

siempre un minuto o dos, si no más.

— Muy bien. Harel, vamos a ver qué hay en ese despacho.

— O.K., jefe.

* * *

— Pero, ¿todavía está usted en la ciudad?

El tono de Sphad era de clara sorpresa.

— Lo siento, señor —se disculpó Quoux—. Han surgido imponderables que me han obligado a retrasar el viaje.

— Está bien. Me imagino que ese retraso podrá justificarse.

— Desde luego, señor.

Quoux habló durante algunos minutos. Cuando terminó, Sphad preguntó:

— ¿Y bien, qué había en el despacho?

— En el despacho, propiamente dicho, nada que no se refiriese estrictamente a las actividades comerciales del difunto Zagd. Pero una de las paredes era falsa. Mi ayudante la derribó.

— ¿Qué encontraron allí, Kyno?

— Una emisora hiperespacial, señor.

—Lo que significa comunicación directa con Orymus,

— Sí, señor.

— Y eso significa también que la tienda de Zagd era un centro de actividades de espionaje.

— Justamente, señor. Por ahí llegaron a conocimiento de la existencia de la caverna de los hibernados. La emisora estaba ajustada exactamente a la frecuencia de banda espacial necesaria para comunicarse directamente con Orymus, sin necesidad de usar los canales diplomáticos.

Sphad lanzó un bufido.

— Enviaré una protesta a la embajada orymusina —dijo.

— ¿Para qué, señor? De nada serviría ya. Echton ha escapado y…

— Es probable que tenga usted razón —admitió el Superministro —. Bien, ¿cuándo parte?

— Mañana por la mañana, si no surge algo que me obligue a retrasar el viaje, señor.

— Espero que no haya retrasos. En todo caso, avíseme, por

favor.

— Descuide, lo haré. ¿Algo más, señor?

— Sólo una cosa, muchacho. Acabo de recibir las últimas estadísticas sobre la fiebre orymusina. Son las del mes último.

—¿Desagradables?

— No son para echarse a reír. El incremento de casos sobre el mes precedente es de un cero veintitrés por ciento. Como ve, progresión de la enfermedad y no retroceso.

—Son estadísticas de morbilidad. ¿Qué hay de las de mortalidad?

— Permanecen estacionarias, pero en proporción a los casos que se dan. A más enfermos, más muertos, naturalmente, aunque siempre el porcentaje se mantiene alrededor del doce por ciento.

— Realmente descorazonador —comentó Quoux desanimadamente.

CAPÍTULO XI

— ¿Todo listo, Harel?

Hamiz repasó el equipo que estaba situado sobre la mesa y el diván. Con el índice, contó los paquetes, mientras hablaba con murmullos:

—Cajas de supervivencia, cura, transmisiones, víveres, repuestos de baterías, latas de agua comprimida… Listo, sí, señor.

— Muy bien. Entonces, ¡en march…!

Quoux no pudo continuar.

El zumbido del videófono le interrumpió de repente.

— Vaya, ¿quién será el importuno? —masculló disgustado.

Se acercó al aparato. Era el doctor Thannet.

— Hola, Kyno —saludó el galeno—. Tengo noticias para ti.

— ¿Interesantes? —preguntó Quoux.

— Yo te las daré y tú juzgarás. Se trata de May Derr.

Quoux afinó el oído.

— ¿Qué pasa con la chica? —preguntó.

— Verás, ayer, casualmente, estuve hablando con mi colega Wersh. Es director de una clínica de cirugía estética, no sé si sabrás.

— No conozco al doctor Wersh, pero puedes seguir hablando, Dull. ¿Qué te dijo?

— El tema surgió de un modo casual, repito. Mi colega mencionó un nombre y ello atrajo mi atención. Kyno, te aconsejo que vayas a visitarle.

— ¿Por qué?

— Hay cosas que se ven mejor sobre el terreno. Ve y habla con él, te conviene. ¿Quieres su dirección?

— Puesto en este plan, dámela —pidió Quoux.

El doctor Thannet le indicó las señas de su colega. Quoux le dio las gracias a continuación.

— Espero haberte sido útil, Kyno —se despidió el galeno.

— Eso creo —respondió Quoux escuetamente.

Y cortó la comunicación.

— Harel, temo que habremos de retrasar la partida —dijo, volviéndose hacia su ayudante—. No te muevas de casa; si el retraso fuese demasiado importante, te lo haría saber en seguida.

— O.K., jefe.

Minutos después, Quoux hacía funcionar su monociclo, lanzándolo a la velocidad máxima en dirección a la clínica del doctor Wersh.

* * *

Quoux tuvo que esperar algunos minutos. Wersh estaba atendiendo a un paciente y no podía abandonarlo, según le informó su enfermera ayudante.

El cirujano apareció a los quince minutos de la llegada de Quoux a la Clínica. Era un hombre de mediana edad y rostro inteligente, que saludó a su visitante con gran afabilidad.

— ¿Cómo está, señor Quoux? Siéntese, por favor.

— Gracias, doctor. He venido a visitarle por indicación de su colega, el doc…

— Sí, sí, ya sé —atajó Wersh—. Thannet me habló anoche del asunto. Se trata de una muchacha llamada May Derr, ¿no es así?

— En efecto. ¿Qué sucede con ella? ¿Acaso la tiene internada en su clínica, doctor?

Wersh se echó a reír.

— A esa chica ya no le hago yo falta para nada —dijo—. Ya tiene lo que deseaba, amigo Quoux.

— Sigo sin entenderle, doctor —declaró el joven, perplejo.

— Aguarde un momento, se lo ruego.

Wersh sacó una carpeta y la abrió.

— Es el historial clínico de May Derr, con las anotaciones relativas a las operaciones quirúrgicas que le fueron practicadas, y fotografías de su apariencia fisonómica en estado preoperatorio y postoperatorio. Véalas, por favor, señor Quouox.

El joven tomó la carpeta. Había en ella dos grandes fotografías de May. En la segunda de ellas aparecía tal como él la conocía. En

la primera tenía un aspecto nada agradable.

Quoux guardó silencio unos momentos.

Luego dijo:

— Doctor, ¿está seguro de que esta mujer es May Derr?

— Absolutamente —respondió Wersh con gran énfasis.

Quoux contempló la fotografía con ojos casi hipnóticos.

— ¿Algún accidente? —preguntó a poco.

— No, que yo sepa. Ésa era su cara antes de la transformación que le hicimos aquí —manifestó el cirujano.

— Me estoy acordando de otra fotografía que vi en una cátedra de arqueología. En ella, May Derr, antes de su operación transformadora, tenía otra cara muy distinta a la que usted conocía primeramente.

Wersh se encogió de hombros.

— Eso es todo lo que puedo decirle, amigo Quoux —respondió —. Thannet mencionó su caso y yo creí que mis informes podrían serle interesantes.

— Y lo han sido, en efecto, doctor. Interesantes… y desconcertantes.

— Lo siento, Quoux.

— No se preocupe, doctor. Un problema más, ¿qué importa? Ah, sí, me olvidaba de una cosa. ¿Cuánto tiempo hace que se operó May Derr?

—Ahí indica la fecha. Aproximadamente, hace unos dieciséis meses.

— Gracias, doctor.

Quoux se puso en pie.

— Su información, repito, ha sido muy útil —se despidió.

El monociclo estaba en la azotea del edificio de la clínica, en lugar de dejarlo en el jardín que lo rodeaba. Carteles indicadores lo disponían así; los estacionamientos del suelo eran destinados exclusivamente al personal médico.

Momentos después, Quoux llegaba a la azotea. Sacó el transmisor y dijo:

— Harel, preparado. Regreso a casa.

— Enterado, jefe.

Acto seguido, Quoux montó en el aparato y remontó el vuelo, buscando una cota relativamente alta, a fin de poder ganar

velocidad. Había recorrido escasamente un millar de metros cuando el motor sustentador falló.

Estaba a unos ochocientos metros del suelo. Quoux se encaminó vertiginosamente hacia el asfalto.

* * *

Un monociclo, tripulado por una joven de larga y revoloteante cabellera, se cruzó con él.

— ¡Eh! ¡Ayúdeme! ¡Estoy cayendo! ¡Mi aparato se ha averiado!

Ella volvió la cabeza. La sorpresa apareció en su cara al reconocer al hombre que descendía hacia el suelo a gran velocidad.

Inmediatamente, manejó los mandos del aparato y se lanzó en picado hacia abajo, siguiendo una trayectoria convergente con la del joven. Al llegar a sus inmediaciones, gritó:

— ¡Deje su trasto, Kyno!

Quoux obedeció. Ella se acercó a él, maniobrando cautamente, y estiró una mano.

— Con cuidado o nos estrellaremos los dos.

El suelo estaba a menos de trescientos metros. La chica manejó otro control y el suplemento destinado a un pasajero apareció detrás de su sillín.

Quoux se sentó a horcajadas sobre el suplemento. Ella redujo la velocidad, estabilizando el aparato a unos ciento veinte metros del suelo.

— Le debo la vida, señorita —dijo Quoux.

—Ya puede decirlo— contestó la chica, con una alegre carcajada —. ¿A que no se le ocurrió revisar el indicador de carga de su batería antes de salir de casa? Se dice que las baterías de estos cacharros son eternas, pero yo abrigo serias dudas sobre el particular.

Quoux estaba mudo de asombro.

— ¡Usted! ¡May Derr! —exclamó, cuando, al fin, recobró el habla.

— La misma, Kyno, pero observo que se está propasando conmigo. ¿Le importaría quitar las manos de mi cintura? Ahí tiene un agarradero…

— ¡May! —gritó él—. ¿De dónde diablos ha salido usted?

— Oh, estaba por ahí —respondió la joven con displicencia.

— Ahora mismo me la voy a llevar…

— ¿A dónde, Kyno?

May ejecutó una cabriola con el aparato. Quoux estuvo a punto de caer nuevamente.

— ¡Oiga! ¿Es que quiere que me rompa la cabeza? —protestó, indignado.

— No, hombre; sólo quería demostrarle que no puede llevarme a ninguna parte, si yo no quiero. Y como no quiero… ¿Entiende?

Quoux procuró dominarse.

— Escúcheme, May, ando buscándola como un loco —dijo—: ¿Sabe de dónde vengo ahora?

— No. Dígamelo —pidió ella.

— De hablar con el doctor Wersh, ¿me comprende?

— Ah, el doctor Wersh, un tipo encantador. Y muy hábil.

— Tan hábil, que cambió la cara de la chica que se hacía pasar por May Derr, poniéndole otra nueva. La misma que tiene usted ahora.

— ¿De veras?

— Sí. ¿Y sabe por qué esa chica se cambió de cara?

—No. Ande, dígamelo— contestó ella burlonamente.

— Muy sencillo. Usted mató a May Derr, se apropió de su personalidad y ahora…

Quoux se interrumpió.

— Ahora, ¿qué? —preguntó May sin abandonar su tono irónico.

— No lo sé, ¿cómo quiere que lo sepa? —respondió él malhumoradamente—. Por un lado, pienso que es usted buena. Por otro…

— Me cree una asesina o algo todavía peor.

— Ya no sé ni qué pensar, May. ¿Por qué no para este maldito cacharro y hablamos con tranquilidad en alguna parte?

— No puedo, Kyno.

— ¿Por qué?

— Tengo prisa.

— Está bien, iré con usted…

— No sea tan optimista, hombre; yo no le necesito a usted para nada.

Quoux ardía de cólera.

—Estoy a punto de explotar— dijo—. ¿A qué diablos fue usted a la tienda orymusina?

— Ah, ¿pero lo sabe?

— Oiga, ¿qué clase de oficio cree que es el mío?

— Fisgón, lo había olvidado. Mete las narices por todas partes.

—Tengo que hacerlo, May, compréndalo. ¿Por qué no me ayuda usted?— dijo Quoux plañideramente.

— Es pronto aún, Kyno.

— ¿Cómo?

— Lo siento. Voy a dejarle.

— Usted estuvo hablando con Broo Echton. Quiero saber de qué trató esa conversación.

— ¿Por qué no se lo pregunta a él? —sonrió May.

— ¡Es que no sé dónde está!

— Entonces, ¡búsquelo!

Imprevistamente, May ejecutó una maniobra que halló a Quoux completamente desprevenido. Mientras hablaban, había ido perdiendo altura, hasta quedar a cuatro o cinco metros del suelo.

En aquel momento, pasaban por encima de un amplio y frondoso parque, en cuyo centro había un estanque de grandes dimensiones. May volteó el aparato y Quoux se precipitó de cabeza al agua.

Ella lanzó una alegre carcajada. Quoux emergió con agua hasta la cintura, empapado por completo y cubierto por plantas acuáticas.

Blandió el puño. May contestó con un alegre ademán. Luego, lanzó el aparato a toda velocidad y se perdió de vista en pocos segundos.

Quoux se limpió la cara con una mano. Aquello que tenía en las mejillas, ¿era agua del estanque o lágrimas de rabia?

CAPÍTULO XII

Quoux tomó tierra. Se soltó las correas y dejó en el suelo la pesada mochila con que iba cargado.

A su lado, Hamiz hizo lo mismo. Su mochila era mucho más pesada que la del joven…

— De modo que es aquí jefe.

— Sí, Harel.

El gigante contempló especulativamente la vasta extensión de terreno que se ofrecía a su vista.

A la izquierda, un poco hacia el sur, se divisaba el principio de la gigantesca grieta que era el Gran Cañón. Al frente, en el horizonte, se divisaba una cadena de montañas de tonos más bien oscuros.

— ¿La Montaña Negra, jefe? —consultó.

Quoux había sacado ya un mapa.

— Hace cinco mil quinientos años, esta zona se llamaba Desierto Pintado. Esa sierra del fondo tenía como nombre Black Mesa.

— En el lenguaje de aquella época «black» significaba negro, tanto para el masculino como para el femenino —dijo Quoux pensativamente—. Sí, pudiera ser…

— Más o menos, queda al sudeste del Colorado, jefe.

— O al nordeste. El documento no da ninguna indicación del punto de ese río que es preciso tomar como referencia.

— Bueno, yo creo que debemos investigar allí. A fin de cuentas, nuestro microsismógrafo podrá detectar un hueco del tamaño de esa caverna de hibernación. Si Cork y Andrews caminaron durante cuatro o cinco días… Yo creo que para llegar a Black Mesa desde aquí, a pie, no se necesitan más que dos días. Y otros tantos hasta la ciudad, claro.

— Es posible que tengas razón, Harel —admitió Quoux—. De

todas formas, se hace de noche y es preciso acampar.

— ¡Buena idea, jefe! Voy a buscar leña.

Era ya de noche cuando brotaron las primeras llamas.

— Me gustaría cazar un par de liebres para asarlas —dijo Hamiz, evocadoramente—. ¡Estoy harto de comida envasada!

— Que no te falte —murmuró Quoux con sorna. Habían comido ya. Quoux se tendió en el suelo, envuelto en una manta.

Levantó la vista a las estrellas. El cielo aparecía absolutamente limpio.

¿Cómo habría estado en aquella época en que el hombre, insensatamente, envenenó la atmósfera, el suelo y las aguas? Una desatinada organización social, las rivalidades entre las naciones, el desaforado crecimiento de la población humana, en detrimento de las demás especies…

La catástrofe se había producido por sus pasos contados. Cuando se puso remedio a la cosa, era ya demasiado tarde.

Un coyote ululó a lo lejos.

— Hay animales salvajes por aquí —dijo Hamiz.

— No atacarán. Les sobra comida.

— En todo caso, que no cuenten conmigo —murmuró el gigante, mientras preparaba su pistola descohesionadora.

Las especies animales habían sobrevivido en una mínima, pero suficiente parte para multiplicarse nuevamente, con el paso de los tiempos. La ausencia del hombre había convertido en pacíficos a animales fieros, que sólo cazaban para comer.

— Ese coyote está en celo, seguro —sonrió Quoux.

— Pues que encuentre pronto a su pareja y no nos dé más la lata —refunfuñó Hamiz.

Una dulce languidez invadió a Quoux. También tenía un arma a mano.

Poco a poco, se quedó dormido. Pero no pudo evitar la evocación del hermoso rostro de May.

¿A quién había matado la joven para usurpar una personalidad que no le correspondía? Su nuevo rostro, ¿era producto de la casualidad al parecerse tanto a Muriel David?

¿Cuáles eran sus relaciones con Echton?

Se durmió. Era lo mejor que podía hacer.

* * *

Una mano le tocó en el hombro. Quoux abrió los ojos, sobresaltado.

— Despierte, jefe —cuchicheó Hamiz—. Viene alguien y no en son de paz, precisamente.

Quoux se despabiló en el acto.

— ¿Echton? —murmuró.

— Quienquiera que sea, no me parece amigo. Vamos, rápido, apártese de la hoguera.

Quoux gateó por el suelo, con la pistola en la mano. Hamiz le condujo hasta un roquedal cercano, en el que ambos se parapetaron.

La hoguera había quedado reducida a un montón de brasas, que daban muy poca luz. No obstante, para unos ojos habituados a las tinieblas, era más que suficiente.

Pasaron algunos minutos. Una silueta apareció en el tenue resplandor rojizo.

— Eh, aquí no hay nadie —dijo el hombre.

— Se habrán escondido —apuntó otro.

— Saca el detector corporal —indicó un tercero.

Hamiz pegó sus labios al oído de Quoux.

— Nos van a localizar —susurró.

Quoux torció el gesto.

— Nuestras pistolas no sirven de nada contra moléculas metálicas —dijo.

— Quizá haya otra solución —opinó el gigante.

Dejó el arma a un lado y tanteó el suelo hasta hallar un pedrusco del tamaño de la cabeza de un chiquillo. Casi en el mismo instante, uno de los intrusos ponía en funcionamiento el detector corporal.

Era una caja de regulares dimensiones, que llevaba colgada del cuello. Hamiz tomó impulso y lanzó la piedra.

El pedrusco partió con un oscuro zumbido y alcanzó su blanco de lleno. Hubo un vivísimo chispazo y se oyó un alarido de dolor.

El hombre del detector cayó sin conocimiento. El impacto había sido formidable.

— Están allí —gritó uno.

Y dispararon sus armas.

Se oyeron los estallidos de las pistolas descohesionadoras, cuyos proyectiles se deshacían inofensivamente al chocar contra las rocas.

— ¡Duro con ellos! ¡Hay que liquidarlos! —gritó alguien.

— Me gustan las personas con sentimientos caritativos —dijo Hamiz sarcásticamente.

— Allí, en las rocas —aulló otro—. Hay que rodearlos. No deben escapar vivos.

— La cosa se pone fea, jefe. Son más de los que pensábamos.

— Sí —admitió Quoux parcamente.

El frente estaba protegido por las rocas. Pero la retaguardia quedaba completamente al descubierto.

Se oyeron pasos presurosos en las inmediaciones. Quoux se consideró perdido.

Súbitamente, una luz vivísima brotó en las alturas, a unos treinta metros del suelo, barriendo las tinieblas y haciendo el día de la noche. Casi en el mismo instante, empezaron a oírse tremendas explosiones.

Chorros de arena y rocas subieron a lo alto, mientras el suelo retemblaba como sacudido por un terremoto. Sonaron atroces gritos de dolor.

Los estallidos se producían con cegadores fogonazos anaranjados, azules y amarillos. Quoux vio estallar uno de aquellos proyectiles a los pies de uno de sus atacantes, que voló en mil sangrientos pedazos.

La lucha no fue muy larga. Las explosiones y los fogonazos cesaron a los pocos momentos.

Pero el chorro de luz continuaba iluminando la escena. Una voz descendió de las alturas:

— Ya pueden salir a terreno descubierto; el peligro ha pasado.

* * *

Un extraño aparato, mezcla de silla volante y cohete de pequeñas dimensiones, se posó en el suelo, apoyándose sobre cuatro patas retráctiles. La cabina era descubierta y un hombre de mediana edad y porte agradable saltó a tierra.

En la mano llevaba un fusil de extraño aspecto, de grueso cañón y boca aún más ancha, con un depósito para los proyectiles delante

del disparador. Quoux creyó reconocer el arma.

— Los fusiles de Orymus están prohibidos en este planeta, aunque no se puede decir que no agradezcamos su oportuna intervención, señor —manifestó.

El desconocido sonrió.

— En ocasiones, las microgranadas paranucleares resultan muy útiles —contestó—. Celebro conocerles, amigos —añadió—. Me llamo Grouzny.

— Yo soy Kyno Quoux. Mi ayudante, Harel Hamiz —presentó el joven.

— Encantado, señor Grouzny —dijo Hamiz.

—Por favor, nada de tratamientos— rogó cortésmente el recién llegado—. Parece que estaban en un grave aprieto.

— En efecto —concordó Quoux—. Pero ¿quién es usted? Aparte de su nombre, no sabemos nada más…

Grouzny sonrió.

— Creo que ambos buscamos al mismo sujeto —respondió.

— ¿Echton?

— En efecto.

— ¿Qué tiene usted contra él?

— Permítame —evadió Grouzny una respuesta concreta—. Se trata de un asunto reservado.

— ¡Ah! —dijo Quoux—. Imagino que no será reservado decirnos cómo nos encontró.

— De ningún modo. Cuando uno viaja en un aparato como el mío, absolutamente silencioso, los sonidos se captan perfectamente. Oí las voces de sus atacantes y deduje que había personas en peligro.

— ¿Volaba de noche por una región poco explorada?

Grouzny volvió a sonreír.

— Tenía que hacerlo —respondió.

— A causa de Echton.

— Sí —admitió el individuo—. Entre otras cosas, se le acusa de haber vendido o entregado a personas ajenas, una máquina de transformación psicofísica.

—Entiendo— dijo Quoux, sin mostrar ya demasiada extrañeza —. Si me permite, le ofreceré un poco de vino. La verdad, no sé cómo no se me ocurrió antes.

Grouzny rió amablemente.

— No tiene importancia —respondió—. Lo interesante es que tenga vino.

Hamiz llegó en aquel momento. Se había separado momentos antes y estaba inspeccionando los alrededores.

— No hay supervivientes, jefe —informó—. Pero si quiere, puede montar una tienda de monociclos. Hay ocho.

Quoux silbó.

— Estaban decididos a quitarnos de en medio —comentó.

— Imagínese —sonrió el ayudante—. Cuando llegaba me pareció oír algo referente al vino.

— Así es. Llena vasos Harel; tenemos que celebrar nuestra imprevista salvación con el autor de la misma.

Quoux levantó el suyo cuando lo tuvo lleno.

— Porque haya suerte —brindó.

— ¿En qué? —preguntó Grouzny.

— Bueno, ambos perseguimos la misma pieza, aunque por motivos distintos.

Grouzny sonrió maliciosamente.

— ¿Está seguro de cazarla? —inquirió.

— Ahora, en estos momentos, tengo algo más importante que hacer —repuso Quoux—. Pero cuando haya ejecutado la misión que me confiaron, sí, desde luego, dedicaré todos mis esfuerzos a la caza de ese asesino.

— ¿Está probado que Echton es un asesino?

— Indiscutiblemente.

— En tal caso, es muy probable que yo le evite el trabajo de capturarlo —declaró Grouzny de forma sorprendente.

CAPÍTULO XIII

Quoux y Hamiz estaban al pie de una montaña de oscuras laderas y notable elevación. A falta de mayores datos, Quoux había decidido instalar allí su campamento.

Ahora estaba montando el microsismógrafo. La pantalla de observación del aparato le indicaría, con un error de muy pocos metros, el lugar donde había una caverna. Según la intensidad de las marcaciones, deduciría si era o no la caverna de los hibernados.

El documento donde se señalaba el lugar en que estaba la caverna no era demasiado explícito. Había demasiados intervalos entre las pocas letras que el tiempo había respetado y aquellas indicaciones podían tomarse de muy distintas maneras, según el humor o la opinión personal.

— ¿Estará Echton por aquí? —preguntó Hamiz de pronto.

— ¡Hum! —dijo Quoux—. Cualquiera sabe.

— Una cosa es segura: a estas horas, ya se ha enterado del fracaso.

— Es de suponer —convino el joven, sin abandonar su trabajo—. Por eso mismo, convendrá estar vigilantes en todo momento.

— ¡Qué tío! —se escandalizó Hamiz—. Nada menos que ocho individuos envió contra nosotros. ¿Tanta rabia nos tiene?

— Somos sus competidores.

— ¿Los dos o usted solo?

— ¿Qué quieres decir, Harel?

El gigante sonrió ladinamente.

— Yo estoy casado y May no me mataría aunque estuviese soltero. En cambio, usted es otra cosa; es un soltero apetecible para una chica como ella.

Quoux soltó un bufido.

— No digas tonterías, Harel.

— ¿Qué quiere que diga? A mí me parece lo más lógico. En cambio, no sería lógico que a ella le gustase ese rufián.

— Pues le gusta, Harel. Y si no, ¿por qué le dio el transformador psicofísico? En la Tierra no se fabrican y los orymusinos que residen este planeta tienen terminantemente prohibido su uso y venta.

— Eso es verdad —admitió Hamiz con aire pensativo—. ¿Por qué le daría ese artefacto?

— Mira, será mejor que no demos más vueltas al asunto —rezongó el joven—. El microsismógrafo ya está instalado y vamos a empezar las primeras observaciones.

— ¿Con testigos, jefe? —preguntó Hamiz.

Quoux se sobresaltó.

— ¿Qué quieres decir Harel?

— Mire, ahí viene nuestro salvador.

Quoux volvió la cabeza. Grouzny descendía hacia ellos con suavidad, manejando hábilmente su extraño artefacto.

Minutos después, se apeaba junto a ellos.

— Hola, amigos —saludó jovialmente.

— Yo creí que se había marchado de estos lugares —observó Quoux.

— Estuve buscando el rastro de la pieza —contestó Grouzny.

— ¿Ha encontrado huellas?

— Por ahora, no —Grouzny suspiró—. Es posible que ni siquiera ande por aquí.

— Es posible, en efecto.

— Y ustedes, ¿han conseguido algo?

— Ahora lo sabremos.

Quoux dio media vuelta al interruptor. Unas débiles señales aparecieron en la pantalla.

Eran unos puntos amarillos que se deslizaban lentamente de izquierda a derecha. El microsismógrafo estaba apoyado sobre cuatro patas muy finas, terminadas en sendas varillas aguzadas por el extremo, las cuales se introducían en el suelo cosa de cuarenta o cincuenta centímetros.

Una quinta pata, que partía del centro de la cara inferior del artefacto, se adentraba igualmente en el suelo, pero alcanzando mayor profundidad, algo más de un metro. En la parte superior tenía una antena de rejilla.

La antena, cuya rejilla era de trama muy fina, oscilaba continua y lentamente de derecha, a izquierda, si bien con un ángulo muy escaso, la pata central del microsismógrafo emitía ligerísimas descargas que luego se reflejaban en la pantalla, según la naturaleza del terreno, que provocaba unos «ecos» distintos en cada caso.

Quoux acentuó la intensidad de las descargas, a la vez que aumentaba los grados de oscilación de la antena. Las señales se hicieron más rápidas.

— Dos grados a la derecha, jefe, creo —dijo Hamiz de pronto.

— Eso me parece a mí también —convino el joven.

Varió la orientación de las descargas. Las señales se hicieron rápidas y claras.

— Creo que estamos en el buen camino —dijo Quoux alegremente.

Para comprobar su teoría, ejecutó un par de variaciones en ambos sentidos. Las señales se debilitaron en ambos casos.

Estabilizó la antena en el punto de mayor intensidad. Luego consultó la esfera indicadora de rumbos, cuya aguja señalaba una dirección de manera inequívoca.

— A unos ciento treinta metros de aquí y tres grados a la derecha, hay una caverna de notables dimensiones —anunció finalmente.

— ¿Cree que será la que buscamos? —preguntó Hamiz con ansiedad en la voz.

— Parece lo más probable, Harel —respondió el joven.

* * *

Avanzaban con precaución. El lugar señalado por el microsismógrafo era un barranco estrecho y profundo, que se hundía centenares de metros en la ladera.

El suelo estaba lleno de guijarros. De pronto, Hamiz se dio cuenta de que Grouzny caminaba tras ellos.

— Jefe, ¿le va a dejar venir con nosotros? —preguntó en voz baja.

— No importa —contestó Quoux—. Cuando hayamos terminado aquí, nos será muy útil para localizar a Echton.

— Ah, claro.

De súbito, Quoux se detuvo ante uno de los muros del barranco, en un sector en que se veía una pared cuya superficie era algo distinta del resto de los terrenos circundantes. Estaba desprovista en absoluto de vegetación y tenía cierta lisura que no parecía debida a causas naturales.

— Juraría que ésta es la entrada de la caverna —dijo.

— Sí, pero, ¿cómo se abre?

— ¿Explosivos?

— No, podríamos originar una catástrofe irreparable.

— Pues si no volamos la roca, no veo el medio de…

— ¿Me permiten un momento?

Quoux y Hamiz se volvieron hacia su acompañante.

Grouzny sonreía.

— Quizá yo tenga la solución para su problema —dijo.

— Sería interesante, en efecto —admitió Quoux.

— Usted tiene razón: esta pared rocosa no se puede atacar con explosivos. Pero se puede provocar su fusión.

— ¿Arrimándole un haz de leña? —preguntó Hamiz sarcásticamente.

— No me tome por tonto —contestó Grouzny—. Tengo algo mucho mejor.

Llevaba el fusil de granadas paranucleares colgado del hombro y manipuló en él, cambiando el cargador por otro que tenía pendiente del cinturón. El segundo cargador era mayor que el primero y, en su parte inferior, estaba terminado en una protuberancia cilíndrica de unos diez centímetros de base por quince de longitud.

Grouzny ejecutó unas cuantas maniobras en el artefacto. Luego, echándoselo al hombro, apuntó a la roca y oprimió el disparador.

De momento, no pareció ocurrir nada, pero, un minuto más tarde, se vio aparecer en la roca un círculo rojizo, del que se desprendía un intensísimo calor.

El círculo se ensanchó. Nubes de vapor se desprendían del lugar alcanzado por las misteriosas descargas que brotaban de aquel fusil. Al cuarto de hora, menudos arroyos de piedra fundida, semejantes a lava volcánica, empezaron a deslizarse hasta el suelo.

Media hora después de haberse iniciado la operación, Quoux pudo ver ante sí un orificio de más de un metro de diámetro. Al otro lado, sólo había negrura.

Lleno de admiración, se volvió hacia Grouzny.

— ¿Puedo saber qué clase de descargas son las que han fundido la roca? —inquirió.

Grouzny hizo un gesto de asentimiento.

— No hay, relativamente, secreto alguno —contestó—. Emisión de calor a distancia.

Quoux respingó.

— Están ustedes muy adelantados —dijo—. Podría llamarse… telecalor.

— Energía térmica a distancia —calificó Grouzny—. Una simple aplicación, al calor, de las emisiones de radio y de imágenes, eso es todo.

Quoux volvió los ojos nuevamente hacia el agujero abierto por las descargas térmicas del fusil. A su lado, Hamiz dijo:

— Es un trasto muy útil para asar pollos.

Grouzny se echó a reír.

— Cuando tenga que asar un pollo, use el procedimiento antiguo; le resultará más sabroso y podrá comer pollo. Con mi fusil, le desaparecería en una fracción de segundo, aun empleándolo al mínimo de intensidad.

— Entonces, no lo quiero —declaró Hamiz—. ¿Entramos, jefe?

— Para eso hemos venido —contestó Quoux.

* * *

A pesar de todo, tuvieron que esperar aún bastante rato, a fin de permitir que los bordes del agujero se enfriasen. A Quoux le asaltó una duda.

— El calor emitido por su proyector, ¿no habrá pasado al otro lado, Grouzny? —consultó.

— No, esa pared de roca ha absorbido toda la energía térmica. Por supuesto, habría resultado peligroso permanecer cerca al otro lado, pero a tres o cuatro metros de distancia, no se habría sentido el calor apenas.

Quoux tocó la roca. Estaba caliente, pero no quemaba.

— ¡Adentro!

Pasó al otro lado. Hamiz y Grouzny le siguieron.

El suelo estaba completamente liso, lo que corroboró las

sospechas de Quoux. Al fin habían dado con el objetivo.

Veinte pasos más adelante, una pared de recio cristal les cerró el paso.

Quoux emitió una maldición. La oscuridad era completa y no se podía ver nada.

Hamiz encendió una potente linterna. La luz de la lámpara les permitió ver parte de los sarcófagos donde yacían los hibernados.

— Están ahí —dijo Quoux, sintiendo un inmenso alivio.

— Sí, pero no podemos pasar —gruñó su ayudante.

— Esperen —exclamó Grouzny.

Se acercó a uno de los extremos del muro y lo examinó atentamente. De pronto, alargó la mano y presionó en un determinado punto.

Un trozo de la pared de vidrio se descorrió silenciosamente a un lado. Grouzny extendió la mano, con un gesto invitador:

— ¡Pasen, caballeros, por favor!

Entraron en la caverna propiamente dicha. Grouzny encontró un interruptor y varias docenas de potentes lámparas se encendieron en el techo, a unos veinte metros de altura.

Había varias puertas practicadas en los muros de la caverna, muy lisos y pulidos. La curva de la cúpula se iniciaba a tres metros del suelo.

Los sarcófagos estaban dispuestos en semicírculo, en dos hileras. Eran de cristal, situados sobre un pedestal de forma alargada y aristas rectas.

Faltaban bastantes tapas en los sarcófagos. Estaban caídas en el suelo y sus ocupantes habían desaparecido.

Pero todavía quedaban unos setenta ocupantes de otros tantos sarcófagos de hibernación. Todos aparecían inmóviles, como dormidos.

— En total, alrededor de treinta despertaron y se marcharon —dijo Quoux.

— ¿Cuánto tiempo hace que duermen? —preguntó Grouzny.

— Cincuenta y cinco siglos.

— ¡Caramba! No se puede llamar un sueño de días.

De repente, Hamiz lanzó un agudo grito:

— ¡Jefe! Venga aquí. Mire esto…

Quoux corrió hacia el lugar en que se encontraba su ayudante,

junto a uno de los sarcófagos. Bajo la tapa de vidrio, divisó a una hermosa joven dormida.

Creyó soñar.

— Es… —murmuró.

— Sí —confirmó Hamiz—. La misma. May Derr o Muriel David, como prefiera llamarla, jefe.

Quoux sintió que la cabeza le daba vueltas.

— Pero ¿cómo puede estar aquí y, a la vez…?

— En cierta ocasión, leí una historia de vampiros —dijo Hamiz —. Algunos de los vampiros eras hermosas mujeres, jefe.

— ¿Será posible? —murmuró Quoux dubitativamente—. Ella sale de la caverna de cuando en cuando y luego vuelve aquí a…

Una voz humana, de tonos irritados, le interrumpió repentinamente.

—¡Eh! ¿Se puede saber a qué diablos han venido ustedes aquí? ¿Quién les ha dado permiso para meter las narices donde no les importa?

CAPÍTULO XIV

La sorpresa de Quoux y sus acompañantes fue enorme.

Al volverse, vieron ante ellos a un hombre de mediana edad y revuelta cabellera entrecana, vestido con una bata blanca, que daba vivas muestras de indignación.

— ¿Quién es usted? —preguntó Quoux.

— Mi nombre es John Perfane, y soy biólogo y doctor en medicina, entre otras cosas —contestó el sujeto—. Ahora que ya sabe quién soy, digan sus nombres y qué hacen en un lugar que les es ajeno.

— Eso de que nos es ajeno…

Quoux extendió el brazo para cortar los gruñidos de Hamiz.

— Me llamo Kyno Quoux y son Subjefe Prospector. Le presento a mi ayudante Hamiz y al señor Grouzny.

— Tanto gusto —contestó Perfane fríamente—. Bien, aún no han dicho qué hacen aquí.

Quoux movió la mano en semicírculo.

— Buscábamos esto, precisamente —contestó.

— ¿Para qué?

— Sería largo de contar, doctor Perfane. —Quoux se acercó al ataúd de Muriel David—. ¿Puede despertarla?

— Lo siento. Está muerta. Y todos los que ven en sus sarcófagos, también.

Quoux sintió una especie de golpe en el pecho.

—Lo siento —murmuró—. ¿Qué ha sido de los otros?

— Despertaron y se fueron, ya no he sabido más de ellos. Ni me importa, claro.

— ¿Es usted uno de los hibernados, doctor?

— Sí. ¿Cómo lo ha adivinado?

— Me lo he supuesto, simplemente. De modo que Muriel David

está muerta.

— En efecto. Cincuenta y cinco siglos son demasiados siglos. La maquinaria de hibernación falló en setenta y un casos.

Quoux se acercó al ataúd y contempló el hermoso rostro de Muriel. ¿Por qué había una chica tan exactamente parecida a la muerta, que podía pasar por su hermana gemela?

—Usted no ha abandonado la caverna, doctor — dijo, volviéndose de repente hacia el científico.

— No, tenía algo muy importante que hacer. Además, temo respirar el aire exterior.

Quoux entornó los ojos.

—He visto morir a un hibernado que despertó — dijo —Murió delante de mí.

— Lo sé —respondió Perfane—. Por eso quiero seguir aquí… aunque me temo que yo habré de seguir la misma suerte de un momento a otro.

— Es usted un hombre valeroso, doctor —dijo Quoux.

Perfane se encogió de hombros.

—Estoy resignado con mí sino— contestó—. Pero ha sido una experiencia maravillosa despertar después de cincuenta y cinco siglos de sueño. A fin de cuentas, consuela un poco saber que de nuevo hay vida en la Tierra.

— Eso es cierto, aunque la humanidad corre el peligro de extinguirse nuevamente.

—Oh, respecto a eso no hay cuidado— dijo Perfane con cierta displicencia—. Ya he dominado el virus de la fiebre de Orymus y, dentro de poco, será tan agradablemente inofensiva como una gripe vulgar.

* * *

Quoux se quedó con la boca abierta.

— ¡Rayos! —juró Hamiz, a su lado.

— ¿Es cierto lo que dice, doctor? —preguntó Quoux.

El pulgar de Perfane señaló a sus espaldas.

— Tengo montado ahí mi laboratorio —contestó—. Las pruebas no dan lugar a dudas.

— ¿Pruebas… con seres humanos?

— Con líquidos orgánicos, procedentes de personas atacadas por la enfermedad. Mi vacuna prevendrá la fiebre y, para los atacados, tendré una medicina que anulará todos los efectos secundarios de la enfermedad.

Hamiz lanzó un silbido.

— A este tipo habrá que darle el Nuevo Nobel —dijo.

— Sí, pero no le llames tipo, sino genio. Doctor, hay que quitarse el sombrero ante usted.

— Sus científicos sí que son buenos. ¡Mira que curar el cáncer con un solo tratamiento de diez tabletas!

Quoux se puso rígido.

— ¿Qué ha dicho usted, doctor?

— Ya lo ha oído. Mi cáncer se curó con…

— Con unas tabletas que le proporcionó una chica llamada May Derr, ¿no es así?

— Efectivamente, yo se las proporcioné —declaró de repente la aludida.

Hubo un momento de silencio. Perfane sonreía.

— Ah, hola, May. ¿Has traído lo que te encargué?

— Sí, doctor, aquí está todo —contestó May—. Hola, Kyno.

La joven avanzó unos pasos y miró a Quoux con expresión sonriente.

— ¿Por qué no fuiste sincera conmigo? —se quejó él.

May se echó a reír.

— Tenía motivos para ello —repuso—. En primer lugar, el doctor Perfane me rogó que no divulgara su presencia en la caverna. Quería hacer sus investigaciones con tranquilidad. Esto se hubiera convertido en un centro de peregrinación, de haberse sabido que había aquí un científico que investigaba la fiebre de Orymus.

— Sí, entiendo. Pero… ¿cómo encontraste la caverna?

— Bueno, fue en una excursión que hice cuando preparaba mi tesis doctoral. Vi salir a unos tipos y me extrañó. Se dejaron todo abierto y entré. El doctor despertó en aquellos momentos y yo le ayudé. Hablamos días enteros y, entonces, yo caí enferma con la fiebre de Orymus. Él me atendió, con los recursos de emergencia de la caverna y luego, cuando conoció los estragos de la enfermedad, quiso investigar para ver de curarla.

— Y lo ha conseguido.

— Sí —declaró Perfane, con acento lleno de énfasis.

— Pero… pero tú, May, tenías otra cara…

— Es cierto —admitió la chica.

— Te la cambiaste dos veces.

— Sí. Fue necesario. El cambio de cara al actual no se podía hacer en una etapa. La primera fue realizada por un cirujano, pero murió y recurrí al doctor Wersh.

— Al cual no le hablaste del primer cambio.

— ¿Para qué? No era necesario.

— ¿Te sentías a disgusto con tu anterior aspecto?

— Un poco, a decir verdad…, pero más que nada, lo hice por ayudar al doctor Perfane.

— ¿Cómo?

— Necesitábamos dinero —dijo el aludido.

— No entiendo —manifestó Quoux, atónito.

May sonrió.

— El Estado me habría pagado todos los gastos de mi carrera, naturalmente, pero no otros privados y bastante cuantiosos.

— Y por eso te hiciste cantante.

— Sí. Ya sabes por qué el doctor Perfane quería mantener sus trabajos en secreto. Pero con mi vieja cara no podía pretender atraer al público en «La Copa de Plata».

— Ya entiendo —dijo Quoux—. Pero ¿cómo se te ocurrió tomar el aspecto de Muriel David?

May se acercó al sarcófago en el que yacía la joven mencionada y puso la mano sobre la tapa de vidrio.

—Su cara me gustó desde el primer momento… y ella ya estaba muerta. De otro modo, no habría tomado su apariencia.

—Se hizo hibernar para curarse un cáncer que padecía— explicó Perfane—. Pero nadie contó con la catástrofe que extinguió la vida en la Tierra hacia mil novecientos noventa.

—Muriel era muy aficionada a la música y, según creo, tenía una bonita voz, aparte de que fuese lingüista de profesión— dijo May—. Cada hibernado se trajo parte de sus efectos personales, para utilizarlos en el momento en que despertasen. Encontré muchas grabaciones musicales en el equipaje de Muriel, me las aprendí…

— Boris Afree te contrató.

— En efecto. Ello me permitió sufragar las investigaciones del doctor Perfane. En mí ya no queda la menor secuela de la fiebre de Orymus.

— Te felicito —dijo Quoux gravemente—. Pero mira que engañarme con tu supuesta ignorancia en el manejo del monociclo…

May se echó a reír.

— Fue una broma —dijo—. Se me escapó de las manos y caí al suelo. Fue un accidente fortuito y te seguí la corriente.

— Y el lenguaje del siglo XX.

Perfane carraspeó.

— Yo soy el culpable —dijo—. Cuando me atasco en algo, hablo como los antiguos conductores de carros tirados por caballerías. No lo puedo evitar.

—¿Y el transformador psicofísico? Se lo quitaste a un tipo llamado Broo Echaton, si no me equivoco— dijo Quoux.

— ¿Quién ha mencionado aquí mi nombre? —sonó de repente una voz de inequívocos tonos hostiles.

* * *

Quoux se puso rígido. Hamiz hizo un gesto, pero Echton lo paralizó en el acto.

— Si se mueve, considérese muerto —dijo.

— ¿Jefe? —consultó el gigante a pesar de todo.

— Quieto, Harel.

— Como usted mande, jefe.

Echton se hizo visible. Empuñaba una pistola descohesionadora.

— Bien —dijo con acento satisfecho—, veo que, al fin, he conseguido lo que me proponía. Usted es el doctor Perfane, si no me equivoco.

— En efecto —contestó el aludido—. Aunque no me gusta esa pistola —añadió.

Echton lanzó una carcajada.

— Lo siento, pero estimo necesario tenerla en la mano —declaró —. He oído muchas cosas interesantes, doctor. Se vendrá conmigo a Orymus, por supuesto.

— No —dijo Perfane.

— Mire esta pistola, doctor. No diga eso.

— Lo siento. Si salgo de aquí, moriré en cuestión de minutos. Y, aun así, tengo la impresión de que no voy a durar mucho.

Echton pareció desconcertarse.

— Sí —confirmó May—, es la verdad, lo crea o no. Hubo un momento de silencio. Luego, Echton dijo:

— Es lo mismo. Tendrá apuntes, notas, pruebas efectuadas… Me las llevaré.

— ¡Un momento! —exclamó Quoux—. ¿Cómo supo lo de la caverna?

Echton sonrió desdeñosamente.

— Tengo buenos amigos en el Superministerio. No es el Superministro, claro, pero sí otros situados en puntos claves. Me enviaban valiosos informes, uno de los cuales resultó ser el relativo a esta caverna.

— Y decidió que el remedio de la fiebre sería para Orymus.

— ¿Era una mala decisión?

— En cierto modo, no. Lo malo fueron los métodos empleados, incluido el de la avería en las pilas de mi monociclo.

— Usted era un estorbo para mí —dijo Echton desdeñosamente —. Ya no lo será más.

— ¿Está seguro de ello?

Echton se estremeció al oír una nueva voz.

— No —murmuró—. No es posible…

— «Es» posible —confirmó Grouzny, silencioso hasta aquel momento.

Quoux se dio cuenta de que Grouzny se había escondido, permaneciendo oculto hasta entonces. Quizá, se dijo, había advertido la presencia de Echton y decidió sorprenderle.

En tal caso, lo había conseguido plenamente.

—Deje la pistola— ordenó Grouzny—. Voy a llevarlo a Orymus, en donde será juzgado por traición.

— ¿Traición? —dijo Quoux, atónito.

— Sí. Como orymusino, no puedo reprocharle que tuviera contactos en el Superministerio de la Tierra, pero sí que los empleara en provecho propio.

Hizo una pausa y añadió:

— Algunos de sus amigos, Echton, me eran más fieles a mí que a usted.

El sujeto estaba lívido. Quoux, que no comprendía bien las cosas, preguntó:

— Pero ¿qué era lo que pretendía Echton?

— Lo que, vulgarmente hablando, se llama golpe de Estado. Entre otras cosas, se apoyaría en la curación de nuestra fiebre, presentándose como el salvador del planeta. ¿Lo entiende ahora?

— Perfectamente —contestó Quoux.

— Mis fórmulas servirán para todos los humanos afectados por la fiebre de Orymus, sean o no terrestres —declaró el doctor Perfane.

—Gracias, doctor. Señor Quoux, cuando terminemos este desagradable asunto, le agradeceré me conduzca a presencia de su Superministro— pidió Grouzny—. Imagino que una conversación entre los dos sentará las bases para una cooperación más fructífera y que deje las rivalidades a un lado.

— Así lo haré —prometió el joven.

Repentinamente, Echton se volvió hacia Grouzny.

Creía hallarle sorprendido. Se equivocó.

El fusil de Grouzny emitió una invisible descarga térmica.

Hamiz se tapó la nariz con los dedos de su mano derecha.

— ¡Uh, qué peste a quemado! —exclamó.

Del cuerpo de Echton ya no quedaba sino un montoncito de materia ennegrecida que hedía espantosamente.

* * *

—Echton quiso perseguirme. Fui más astuta que él y le narcoticé en la tienda de su supuesto hermano— explicó May.

— ¿Y le quitaste el transformador psicofísico?

— Efectivamente. Su sueño duró aún mucho, creo.

— ¿Lo hiciste para que no te molestara?

— Llámalo como quieras, pero yo no estaba dispuesta a que se llevase la fórmula en provecho propio. Después de conocer a Perfane, quien, palabrotas aparte, es un gran hombre, me era imposible permitir que sólo un grupo pudiese disponer del remedio para la fiebre de Orymus.

— Entiendo. Pero tengo que decirte dos cosas.

— ¿Sí, Kyno?

—Primero, a partir de este momento, te prohíbo que uses más ese condenado artilugio.

May sonrió.

— Se acepta la prohibición —dijo—. ¿Qué más?

Quoux sacó algo de su bolsillo y se lo enseñó a la chica.

—Una joven encantadora y muy simpática me dijo que te sentaría muy bien, puesta en el pelo —manifestó.

Los ojos de May brillaron al contemplar la rosa de brillantes.

— ¡Es preciosa! —calificó.

— Póntela, tengo ganas de comprobar si es cierto lo que dijo Fayvy.

Ella accedió.

— Sí, estás guapísima —elogió Quoux.

Grouzny estaba con Perfane y Hamiz en el laboratorio. Al cabo de unos momentos, May volvió los ojos hacia aquel lugar.

—Lástima. El doctor Perfane ya no vivirá mucho — se lamentó.

—Su memoria durará siempre entre nosotros — aseguró Quoux.

Al cabo de unos instantes, preguntó:

— ¿Se le curó el cáncer?

— Sí —contestó May—. El doctor cree que el virus canceroso actúa con muchísima rapidez en los hibernados, una vez están despiertos. Pero y hay también otros factores que contribuyen a su muerte, los cuales resultan desconocidos hasta ahora.

— Es el factor tiempo, no le des más vuelta —dijo él sentenciosamente.

— Quizá sea así —suspiró la chica—. Hibernaron demasiado tiempo.

Quoux la abrazó estrechamente.

— Para mí, nunca será demasiado tiempo el que viva a tu lado —concluyó.

F I N

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



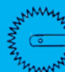
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.